



ANNALES
DE LA
PROPAGACION
DE LA FÉ



1888 A 89



266(44)(05)



LIBRARY

1890

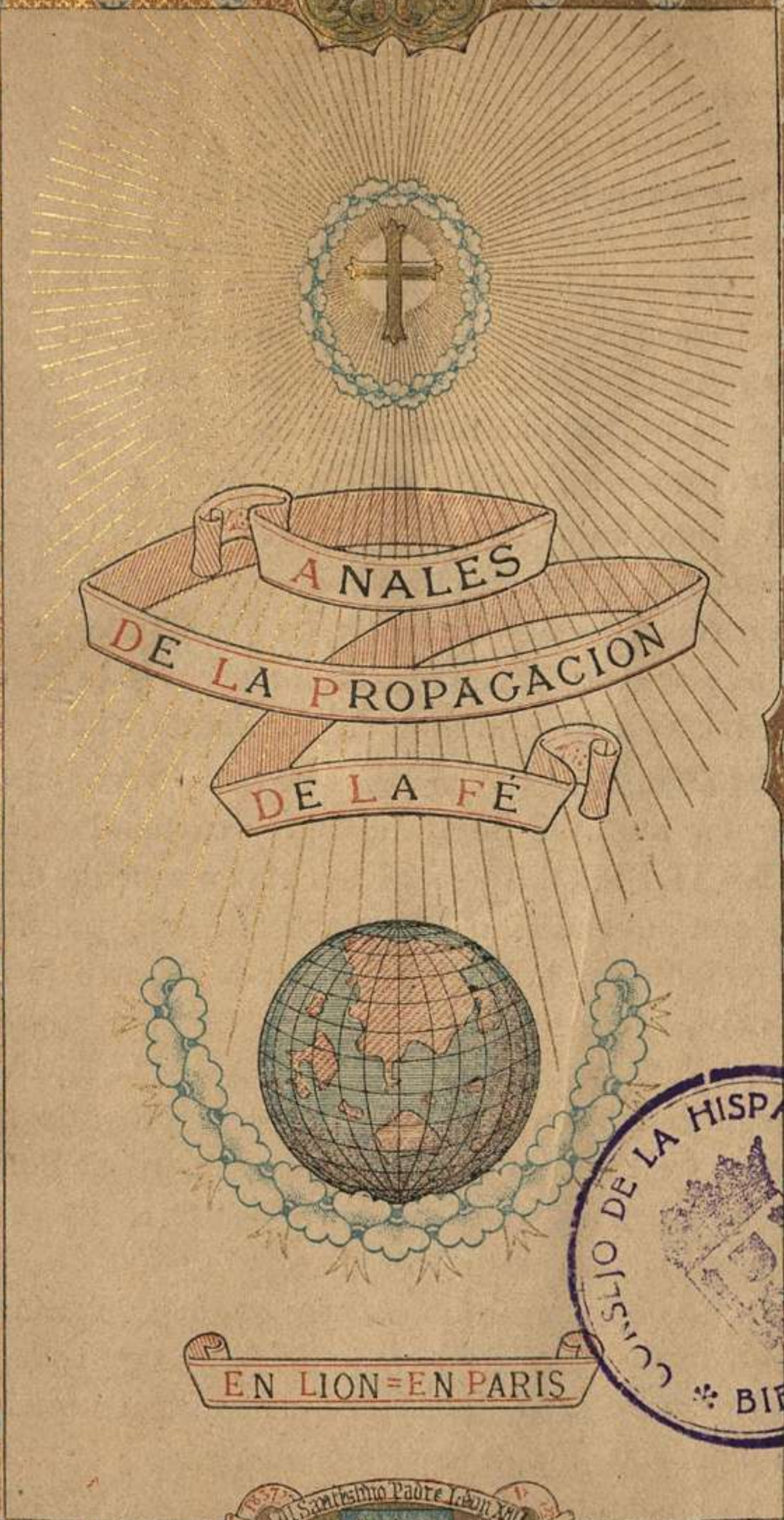
(105)

MCD 2

ant. pa 114 25 pes 160



2/1/2



ANNALES
DE LA PROPAGACION
DE LA FÉ

EN LION = EN PARIS

MDCCLXXVII
Al Sacrosanto Padre Leon XII



LA OBRA DE LA PROPAGACION DE LA FÉ, en favor *de las Misiones de ambos Mundos*, tiene por objeto auxiliar por medio de oraciones y limosnas á los misioneros católicos que están encargados de introducir la fé y la civilizacion entre los pueblos infieles. Las oraciones son un *Padre nuestro* y una *Ave Maria* todos los dias ; y basta aplicar una vez por todas las demás, á esta intencion, el *Padre nuestro* y *Ave Maria* que se rezan por la mañana ó por la noche, añadiendo cada vez esta invocacion : *San Francisco Javier, rogad por nosotros.*

La limosna es de CINCO CENTIMOS CADA SEMANA (*producto : 2 pesetas 60 cent. al año*). Reúnense las cartas de los Misioneros en los Anales, y esto Anales se distribuyen gratuitamente á toda persona que recauda 26 p. al año, en beneficio de la Obra.

La Obra de la Propagacion de la Fé, recomendada con una multitud de Mandatos y cartas Pastorales de los II. SS. Obispos, favorecida en muchas ocasiones con la bendicion de la Santa Sede, por último ha recibido, con la Encíclica de 15 de Agosto de 1840, la mayor cooperacion que pueda obtener una obra de caridad. Los Papas Pio VII, León XII, Pio VIII, Gregorio XVI y Pio IX, por rescriptos de 15 de Marzo de 1823, 11 de Mayo de 1824, 18 de Setiembre de 1829, 25 de Setiembre de 1831, 15 de Noviembre de 1835, 22 de Julio de 1836, 17 de Octubre de 1847, 10 de Setiembre de 1850, 31 de Diciembre de 1853, 17 de Abril de 1855, 7 de Marzo de 1862 y 26 de Enero de 1865, la han enriquecido con numerosas indulgencias. Finalmente, por una nueva Encíclica de 13 Diciembre de 1880, el Papa Leon XIII la ha recomendado solemnemente á todo el universo católico.





ANALES

DE LA

Propagación de la Fe

R. 1001.9

LYON - IMPRIMERIE PITRAT AINÉ, RUE GENTIL 4

R. 1069

ANALES

DE LA

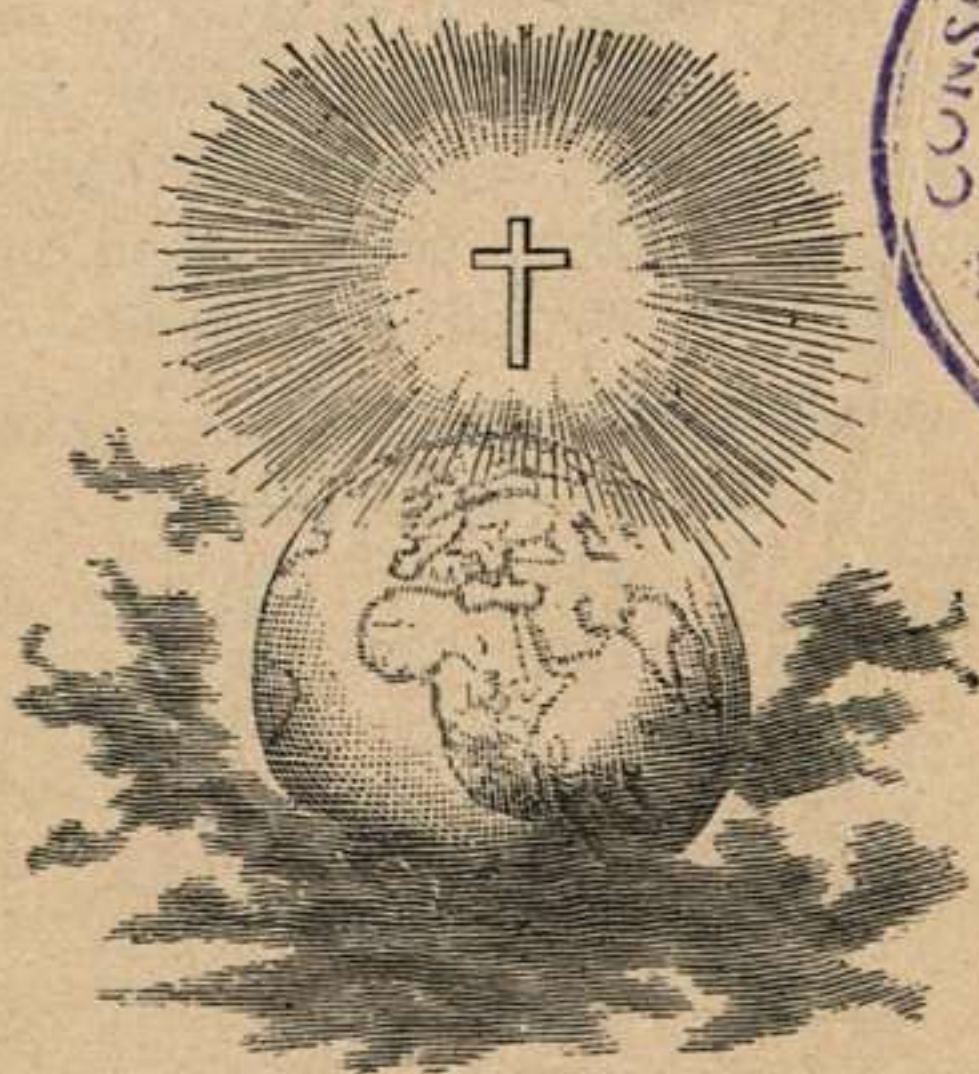
Propagación de la Fe

RECOPILACIÓN PERIÓDICA

DE LAS CORRESPONDENCIAS DE LOS OBISPOS Y MISIONEROS
DE LAS MISIONES DE AMBOS MUNDOS
Y DE TODOS LOS DOCUMENTOS RELATIVOS Á LAS MISIONES
Y Á LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

Cuya colección forma serie de las cartas edificantes

TOMO SESENTA



EN LYON

PLACE BELLECOUR, 31

EN PARÍS

22, RUE CASSETTE

ANALISIS

Propagación de la luz

ALFONSO GARCÍA

DEPARTAMENTO DE FÍSICA

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

BUENOS AIRES, ARGENTINA

1980

1000-0000



Sumario del Número 356

¡AD MULTOS ANNOS! — Homenaje al Papa León XIII.	5
KUANG-TONG. — <i>Carta de M. Fleureau.</i> — Martirio del cristiano Lorenzo Chung. Admirable valor de este neófito.. . . .	17
COREA. — <i>Carta de Mons. Blanc.</i> — I. La persecución. — Historia de Colomba. — II. El jubileo. Fervor de los neófitos. — III. El tratado franco-coreano.	31
DOS GUINEAS. — <i>Carta del R. P. Horné.</i> — Llegada de los Padres del Espíritu Santo á Onitcha. — Visita al rey. — Estación de la Santísima Trinidad. — La Misión y los negros — El mercado de esclavos. — Mujeres condenadas á muerte, y libertadas por la Misión. — La buena anciana Zaccheia.	39
AFRICA CENTRAL. — <i>Carta de don Daniel Sorur Dbarim Den.</i> — Las tribus denkas y sus idiomas. — Productos. — Carácter y religion. — Detalles autobiográficos. — El primer sacerdote negro del Africa central. — Su infancia. Su cautividad. — Entre los misioneros.	51
MELANESIA Y MICRONESIA. — <i>Carta del R. P Verius.</i> — La tribu de Roro. — La anciana Taita.	67
NOTICIAS DE LAS MISIONES.	72
PARTIDAS DE MISIONEROS.	77

INDULGENCIAS

Llamamos muy especialmente la atención de los sacerdotes asociados sobre el cuadro de las indulgencias publicadas en la página tercera de la cubierta.

LES MISSIONS CATHOLIQUES

Boletín hebdomadario ilustrado de la Obra de la Propagación de la Fé

QUE SE PUBLICA LOS VIERNES

En números de 12 páginas en 4º mayor, á 2 columnas

CARTAS Y NARRACIONES DE LOS MISIONEROS

VIAJES. — GEOGRAFÍA, CIENCIAS, ARTES. — MAPAS
Y GRABADOS INÉDITOS

PRECIO DE SUSCRICIÓN : 10 FRANCOS AL AÑO

Este Boletín se dirige á todas las personas que desean conocer sin retraso las noticias de las Misiones y los detalles variados que no tienen cabida en los *Anales*.

SE SUSCRIBE

En LYON, en la oficina de las *Misiones católicas*, rue d'Auvergne, 6.

En PARIS, en casa de V. LECOFFRE, rue Bonaparte, 90.

En BRUSELAS, en casa de H. GOEMAERE, rue de la Montagne, 52,

En LIEJA, en casa de SPÉE-ZELIS, rue Vinave-d'Ile, 25.

LAS SUSCRICIONES SE RECIBEN EN LETRAS Ó EN SELLOS DE CORREO

Se reciben también suscripciones en Lyon, París, Bruselas, Lieja y Londres, para las ediciones extranjeras.

Edición italiana (hebdomadaria) : *Le Missioni cattoliche*, publicada en MILAN; para Francia, 13 francos.

Edición alemana (mensual) : *Die katholischen Missionen*, publicada en FRIBURGO (Bade); para Francia, 7 francos.

Edición holandesa (mensual) : *De katholieke Missien*, publicada en BOIS-LE-DUC; para Francia, 10 francos.

Edición española (bimensual) : *Las Misiones católicas*, publicada en BARCELONA; para Francia, 16 francos.

Edición polonesa (mensual) : *Missye katolickie*, publicada en CRACOVIA; para Francia, 10 francos.

Edición inglesa (mensual) : *The Catholic Missions*, publicada en LONDRES, 27, Wellington street, Strand, para Francia, 3 fr. 75.

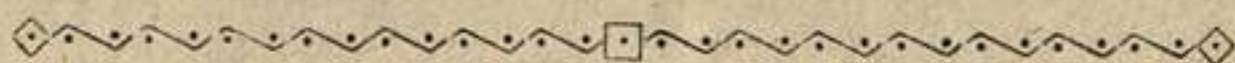
Edición húngara (mensual) : *A Kath Hitterjesztes Lapjai*, publicada en GRAND-VARADIN (Hungria); para Francia, 6 francos.



A SU SANTIDAD

EL PAPA LEÓN XIII

Ad Multos Annos!



TODOS los años, en nuestro número de enero, ofrecemos á nuestros lectores un ligero bosquejo de la historia del Apostolado, saludando en todos los continentes del mundo la abnegación y el heroísmo de los obreros evangélicos. Hoy nos ha parecido oportuno modificar nuestro plan ordinario; porque en el momento en que en el universo entero resuena el prolongado grito de amor en honor de León XIII, hemos creído que también nosotros, antes que todos, debemos contribuir con nuestro tributo de admiración y respeto al Pontífice que gobierna la Iglesia, recordando la alta benevolencia que ha dispensado á nuestra Obra, y manifestando las grandes cosas que este glorioso reinado ha visto cumplirse en las Misiones.

I

AL eminente orador de Nuestra Señora de Paris, el R. P. Monsabré, dejando oír su voz el día después de la muerte de Pío IX, hablaba así de la elección del que iba á ser León XIII :

« Ayer, anciano octogenario, el Jefe de la Iglesia se dormía en el Señor después de treinta y dos años de un reino fecundo en adversidades y en gloria; hoy, rejuvenecido de veinte años, se presenta dispuesto á los mismos combates, á los mismos sufrimientos y á los mismos triunfos. Ayer, llorábamos sobre la tumba del *Pío*, cuya alma dulce y firme ha sostenido constantemente, sin herir ni desmayar jamás, los derechos de la Iglesia y de los pueblos; hoy saludamos el advenimiento del *León*, cuya elevada inteligencia y gran carácter prometen terminar, para gloria de Dios y provecho de las sociedades modernas, las luchas del soberano pontificado. Ayer, el mundo cristiano, sumido en un profundo dolor, exclamaba : ¡ Pío IX ha muerto ! Mas el Paráclito se ha apresurado á consolarnos. Cuarenta y ocho horas después del *De profundis*, resuena el *Te Deum*. ¡ Viva León XIII ! Siempre es el mismo padre, el mismo rey, el mismo pontífice supremo. Para decirlo todo de una vez, es Jesucristo que se perpetua, Jesucristo que gobierna, Jesucristo á quien todos obedecen, Jesucristo centro siempre vivo de la unidad cristiana. »

El elocuente dominico no hacía más que proclamar este hecho siempre verdadero en la Iglesia : Dios prepara el Pontífice que debe apacentar sus ovejas, dando á cada uno el carácter y las aptitudes que convienen mejor á la época en que debe gobernar. Así, para no traspasar los límites que nos hemos trazado, diremos que, en el momento en que la Europa se sentía como arrastrada por una fuerza invencible hacia los continentes misteriosos, el papa León XIII iba á asistir, dándole su dirección, al más excelente empuje de las exploraciones evangélicas; y entre los títulos de gloria que la posteridad le acordará, podrá decirse con razón que ha sido con preferencia el Papa de la Propagación de la Fe.



Casi el día después de su elección dirigia á todos los Patriarcas, Primados, Arzobispos y Obispos la admirable encíclica *Sancta Dei Civitas*. Recordando los nombres para siempre ilustres de nuestros bienhechores, Pío VII, León XII, Pío VIII, Gregorio XVI y Pío IX, renovaba sus doctrinas y añadía estas palabras que debían oír los pastores celosos y los fieles caritativos :

« Venerables Hermanos : A vosotros que estáis llamados á compartir nuestra solicitud, os exhortamos más y más á que con celo y ardor prestéis unánime auxilio á las Misiones católicas, poniendo en Dios vuestra confianza y no dejándoos atemorizar por ninguna dificultad. En ello va la salvación de las almas, por las cuales dió nuestro Redentor su vida, y las cuales nos ha confiado á nosotros obispos y sacerdotes. Hagamos un supremo esfuerzo para allegar á las santas Misiones los socorros de costumbre desde el principio de la Iglesia, la predicación del Evangelio ayudada con las oraciones y las limosnas de los fieles... »

La solicitud del supremo Pastor no debía limitarse á este acto memorable. En el momento en que, movido por los peligros de la Europa católica, invitaba á los fieles á la oración y á la penitencia, y abría por medio de un jubileo extraordinario los tesoros de la Iglesia, el Vicario de Jesucristo renovaba para nuestra Obra un favor ya acordado por Pío IX, de santa memoria. Exhortaba, pues á los fieles en sus letras apostólicas del 19 de marzo 1881, á que hicieran una ofrenda á título de limosna á las instituciones en otro tiempo recomendadas á la caridad de los cristianos, instituciones por las que Nos tenemos un vivo interés, decía, y las cuales Nos nos proponemos

establecer y propagar en las regiones apartadas y bárbaras, á fin de ponerlas en condiciones de atender á todas sus necesidades. »



¿Hemos de hablar de las muestras de profundo interés prodigadas á cada uno de los Directores de nuestra Obra? Los que han tenido la dicha de postrarse á sus sagrados pies, no olvidarán jamás la paternal bondad con que ha animado sus trabajos, la precisión y abundancia de detalles con que les ha hablado de las Misiones, de sus pruebas y necesidades, y cómo, para recibirnos y bendecirnos, olvidaba sus cuidados y trabajos personales. ¿Hemos de hablar de esta carta tan llena de benevolencia y afecto, que dirigía hace cuatro años á nuestro Boletín ilustrado, felicitando á los Directores de la Obra por haber procurado á los fieles, por medio de las *Misiones católicas*, el medio de conocer las obras de Dios, y de prestar con sus limosnas un enérgico concurso para la salvación de los hombres?

Bástenos señalar los favores acordados recientemente, esto es, la visita de Mons. Jacobini, secretario general de la Propaganda, á Lyon y á París, trayendo á ambos Consejos la bendición del supremo Pastor, y afirmando una vez más con su presencia la magnitud de una obra que, universal como la Iglesia, no reconoce fronteras, y va, sin distinción de pabellones ni de nacionalidades, á derramar beneficios y oraciones allí donde hay una alma que salvar. Y estas mismas fiestas del jubileo, ¿no son para León XIII una ocasión para manifestarnos su sincera simpatía? La exposición que en este momento se organiza en el Vaticano es, según el deseo del mismo Papa, como un inmenso tesoro, al que acudirán á enri-

quecerse los misioneros más pobres; ornamentos sagrados, cálices, estatuas, cuadros, etc., demostrarán en todo el mundo á los salvajes embelesados el amor del Santo Padre hacia sus amados neófitos.

II

SIGAMOS ahora á León XIII en todas las comarcas que componen la herencia dada por Dios á Jesucristo y á su representante en la tierra.

Cuando supo la Europa el advenimiento al papado del cardenal Pecci, parecía que los príncipes y los pueblos se habían conjurado contra la Iglesia: ésta, que es la bienhechora del mundo, era tratada como sospechosa por las naciones que le deben su grandeza, y sus enemigos victoriosos lanzaban el grito de los rebeldes de la Escritura: *Dirumpamus vincula eorum*. León XIII apareció como el *Príncipe de la Paz* en medio de los temores del presente y de las amenazas del porvenir. Y su primer acto solemne fué un acto de reconciliación, su primera mirada se dirigió hacia las islas de los Santos. Pío IX, de piadosa memoria, había ya reparado una de las ruinas del cisma de Enrique VIII, y había devuelto á Inglaterra el gobierno regular de su Iglesia y sus obispos ordinarios. León XIII, llevando á cabo esta obra, dará á la Escocia la jerarquía sagrada.

Al otro extremo de la Europa había estallado un cisma deplorable. Los Armenios católicos, excitados por algunos ambiciosos, habían atribuido á la Iglesia romana la intención de sustituir el elemento oriental con el elemento occidental, y destruir los ritos sagrados transmitidos por una venerable antigüedad. El poder se hizo el ejecutor de sus venganzas, y no tardaron en verse desposei-

dos de sus iglesias y de sus bienes el patriarca Hassoun y los pastores legítimos : el intruso Kupelián reinaba como señor, rompiendo las relaciones con la Santa Sede. León XIII fué atrayendo poco á poco á los rebeldes al verdadero redil. En 1879 el Patriarca fué repuesto en todos sus derechos, los pueblos desengañados volvían á cobijarse bajo el cayado de los verdaderos pastores, y Kupelián se echaba á los pies de León XIII. No podemos menos de citar aquí las palabras que dirigió el Padre á este pródigo arrepentido, porque ellas revelan toda la grandeza de su alma :

Dulce y consolador es para un padre poder abrazar de nuevo y estrechar contra su pecho á un hijo que ya creía perdido ; grande es el gozo de un pastor al ver á una oveja descarriada, entrar en el redil abandonado.

Nuestro corazón siente hoy este gozo y este consuelo al veros, amadísimo hijo, acoger de nuevo, después de larga y angustiosa espera, al gremio de la Iglesia católica, y ahogar el germen de una división funesta entre los católicos de Armenia. Y esta santa alegría es aún más grande, porque tenemos justos motivos para creer en la sinceridad y perseverancia de vuestra conversión. De ello es seguro testimonio el valor y la firmeza con que habéis tomado y ejecutado tan generosa resolución.

De lo íntimo de nuestro corazón damos gracias al Dios de misericordia que, al obrar en vos eficazmente por su gracia, ha querido consolar con tan feliz acontecimiento nuestro pontificado. Al propio tiempo le damos gracias también por vos, que, con su auxilio, habéis tenido el valor de cumplir un acto tan noble y honroso. Porque reconocer humildemente su falta, confesarla, reprobarla públicamente y expiarla, es en verdad la más difícil de las victorias ; y según el juicio infalible de la divina Sabiduría, lejos de envilecer y degradar, ennoblece y eleva el alma del que ha sabido conseguirla sobre sí mismo. Ante un ejemplo tan asombroso y tan lleno de edificación, desaparece todo recuerdo de errores pasados, y vos, amadísimo hijo, adquirís una gloria imperecedera ante Dios y ante los hombres.

No será, por otra parte, uno de los espectáculos menos

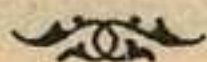
interesantes de la historia de la Iglesia, ver las relaciones que se estan llevando á cabo entre la Santa Sede y el Comendador de los creyentes. Este príncipe, movido por la grandeza moral del Pontífice, asegurará á sus súbditos católicos una libertad que no conceden las naciones, fieles en otro tiempo. Las procesiones del Santísimo Sacramento recorren libremente las calles de Constantinopla, escoltadas por soldados turcos; en Stambul mismo los religiosos andan con su hábito respetado; y á la aurora de las fiestas del jubileo, Abdul-Hamid, ántes que todos los soberanos del mundo, envia presentes á León XIII.



No es fácil olvidar la lucha entre el Pontificado y el poderoso canciller alemán, lucha en la cual el uno despliega toda la paciencia, toda la mansedumbre, todas las esquisitas delicadezas del alma, y el otro todo lo que puede dar de sí la más refinada diplomacia. Hoy se encuentra pacificada la Iglesia de la Alemania, y el futuro soberano se presentó en el Vaticano á saludar al anciano desarmado, elegido la víspera como árbitro entre el emperador y el rey de España.

¡ Ah! no hay duda que en nuestra vieja Europa hay pueblos que, ocupando un lugar preferente en el amor del Padre, se apartan aun de él; pero el mal no está más que en la superficie. Así como los vasos etruscos encontrados en las ruinas de Pompeya y de Herculano conservan aún el aroma de los perfumes que contuvieron, así también estas naciones siguen siempre impregnadas del buen olor de Jesucristo; y León XIII, en el día de sus bodas sacerdotales, recibirá las más afectuosas manifestaciones de amor de estos grandes países cristia-

nos, que son, á pesar de todos los esfuerzos, los países del honor, de la fe generosa y de la caridad.



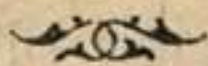
El Asia, sin temor se puede afirmar, ha ocupado un lugar preferente en el pensamiento de León XIII. Esta comarca entre todas privilegiada que ha visto la cuna del mundo y que le ha dado el establo y el Calvario, estos pueblos de brillante genio en otro tiempo, estas ciudades cantadas por los poetas y los profetas, estas Iglesias ilustres por la elocuencia y el martirio de tantos pontífices, no presentían casi más que ruinas, y la verdad parecía proscrita para siempre de estos países, donde Jesucristo había nacido y muerto. Pero la solicitud del Pastor se ha extendido hácia esta tierra del milagro; á su voz, y bajo el impulso de los Patriarcas y del clero fiel, y gracias también á los heróicos esfuerzos de las grandes Congregaciones religiosas, en todas partes se establecen escuelas, y con el despertar de la ciencia prepárase la resurrección de la fe. Los hijos de S. Francisco de Asis tienen un colegio en Salima; los Lazaristas en Antura; los Padres de la Resurrección y de la Asunción evangelizan las iglesias búlgaras que han visto la reconstitución de su antigua jerarquía; en Beyruth, en cuya Universidad han trabajado de consuno la Iglesia y la Francia, los Jesuitas reúnen más de setecientos alumnos de todas las nacionalidades, dotando á estos lejanos países con las dos mayores fuerzas de este mundo, la fe y la ciencia.



Llegado hemos ya á esas comarcas desoladas del

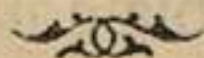
extremo Oriente, donde siembran los misioneros entre lágrimas y sangre. Los lectores de los *Anales* conocen ya las pruebas de las Iglesias del Annam y del Tonkín; presentes tienen á nuestros misioneros degollados, á nuestros cincuenta mil mártires, á nuestros cristianos desterrados y perseguidos. Hoy, de vuelta ya á su patria y en medio de las ruinas que fueron en otro tiempo sus casas y sus campos, tienden hacia nosotros sus manos suplicantes y esperan que sus ruegos sean una vez más escuchados por nuestros bienhechores. Mas, ¿que hizo en esta ocasion León XIII? Enviar una ofrenda real tomada de su pobreza á estos infelices inmolados en rencor de la fe; bendecir á los apóstoles; dirigir calurosas felicitaciones á esta gloriosa casa de las Misiones Extranjeras de Paris, llamada con tanta razón *la proveedora de los mártires*, y escribir, en fin, al emperador de China una carta admirable que debía, si no hacer cesar los furores de la persecucion, mitigarlos cuando menos.

Dios, sin embargo, debía colocar el consuelo al lado de la prueba, y las Indias, de las que San Francisco Javier había tomado posesion en nombre de Jesucristo, iban á ver el establecimiento de la jerarquía y un nuevo concordato entre la Santa Sede y Portugal. Sin duda León XIII ha hecho á la paz algunas concesiones; sin duda la casa de Braganza ha conservado sólo en ciertas comarcas un protectorado que ántes se estendía á toda la India, mas el porvenir probará que el Concordato de 1886 ha sido uno de los actos más fecundos de este glorioso pontificado.



En Africa la acción personal del Soberano Pontífice, bien que menos directa, ha sido también tan activa y

bienhechora. León XIII es quien, tres días después de su elección, firmaba el decreto preparado por Pío IX, enviando los misioneros del cardenal Lavigerie al centro mismo del Africa, hasta los grandes lagos. Este mismo Pontífice es quien resucitaba la antigua sede de Cartago, « la más noble después de la de Roma ». ¿No es él quien, aprovechando las ventajas concedidas por la Conferencia de Berlin, hace explorar el continente misterioso por legiones de apóstoles reclutados en todas las congregaciones y en todas las naciones? ¿No es él, en fin, quien, para dar más gloria á la Iglesia naciente de Africa, ha revestido con la púrpura romana al humilde hijo de san Francisco de Asis, el heróico apostol de los Gallas, y el ilustre sucesor de san Cipriano? Mientras que el cardenal Lavigerie cubre el suelo reconquistado de Túnez con grandiosas fundaciones, el cardenal Massaja bendice á los obreros y la cosecha que madura.

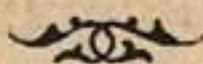


Esta misma solicitud y este mismo cariño activo despliega en favor de las misiones de América. A su tiempo hemos dado á conocer á los lectores de los *Anales* las maravillosas conquistas y la rápida marcha del Evangelio en el Nuevo Mundo. Pero hay un acontecimiento considerable que sobrepuja á todos estos triunfos. Tres años ha, los arzobispos de los Estados Unidos preparaban bajo la dirección de León XIII las constituciones de su joven Iglesia : el año siguiente, un concilio tenido en Baltimore, compuesto de cien obispos presididos por el cardenal Gibbons, discutía las medidas más propias á la extensión del reino de Dios, á la introducción, entre estos pueblos de tan diverso origen, la disciplina eclesiás-





tica, al desarrollo, en fin, de las obras apostólicas, especialmente la nuestra, la Obra de la Propagación de la Fe.

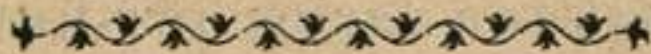


La Oceanía, que tantas angustias ha causado á los pontífices precedentes, ha proporcionado á León XIII los mayores consuelos. Lejos está aquel tiempo, en efecto, en que acogía con sumo recelo á sus primeros apóstoles, recompensándoles con el martirio. Hoy, los Padres Maristas cosechan entre alegrías allí donde sus predecesores sembraron entre lágrimas, y en tanto que los misioneros de los Sagrados Corazones continúan, no sin buen éxito, su Obra laboriosa en las islas Sandwich y en Taití, los Padres de Issoudun fundan estaciones en esta Nueva Guinea, que ha venido á ser tierra hospitalaria; y ayer, Mons. Navarre daba el nombre de Puerto León al punto en que ha plantado la bandera bendita por León XIII.

Finalmente, como la América, la Australia tendrá un concilio. El Prelado que ha sucedido á los Polding y á los Vaughan en la silla metropolitana de Sydney, el cardenal Morán, será recibido en triunfo en la grande isla de los antípodas, y convocará á sus hermanos en nombre del romano Pontífice. ¡Que admirable espectáculo! Hace cincuenta años, unos cuantos sacerdotes prodigando los consuelos de la religión á varios prisioneros, era todo el personal católico. Hoy veinte obispos, dos arzobispos, un cardenal, con la asistencia de una numerosa pléyade de apóstoles, forman la jerarquía santa, y seiscientos mil fieles les prestan veneración.

¡Oh Padre! ¡oh Pontífice! ¡oh Doctor infalible! tú eres el centro de toda esta vida apostólica; por eso se elevan

hasta ti en este día los votos y los homenajes de todo el Universo. Tus hijos, en crecido número sin duda, irán á prosternarse á tus pies, durante las fiestas de *tus bodas de oro*; allí contemplarán tu augusto semblante, oirán tus sagradas enseñanzas, y volverán á sus hogares, dispuestos á las luchas del porvenir con tu bendición de luz y de fortaleza. Aquellos tus hijos de apartadas regiones no tendrán, ¡ay! la misma dicha; mas todos tomarán parte en este vasto concierto de amor que no será turbado por ninguna nota hostil... Escucha, oh Padre, á esos pueblos nuevos, ayer bárbaros todavía, que tus misioneros han conquistado á la Fe, y que las obras apostólicas alentadas por tí han contribuido á su auxilio; también ellos celebran en todos sus idiomas tus beneficios y tu nombre venerado. *¡Ad multos annos!* repiten á porfía en el mundo entero la voz de los niños, la voz de las vírgenes, la voz de los ancianos, la voz de los pontífices y de los sacerdotes, uniéndose todos en la grande armonía de la Unidad católica. *¡Lumen in cælo!* responden desde el cielo los ángeles protectores de la Iglesia, resumiendo en esta divisa de la profecía popular la historia de tu pontificado.





Misiones de Asia

PREFECTURA APOSTOLICA DEL KUANG-TONG

Los misioneros, espulsados algún tiempo de sus residencias á consecuencia de la guerra franco-china, han podido al cabo de dos años proseguir en toda la China su obra interrumpida. Pero, á pesar de que las autoridades están ahora en el deber de prestar á los cristianos protección y auxilio, hay sin embargo muchos distritos, sobre todo en las provincias apartadas de la capital, como el Kuang-Tong, donde no ha desaparecido el rencor de los paganos, y puede impunemente causar aún nuevos mártires. Prueba de ello es la narración siguiente :

CARTA DE MR. FLEUREAU

DE LA SOCIEDAD DE LAS MISIONES EXTRANJERAS DE PARÍS, MISIONERO
EN KUANG-TONG

Martirio del cristiano Lorenzo Chung.

DE todas las familias de las cercanías de Po-hii, la más hostil á la religión cristiana es sin disputa la familia de los Chung (campana), que la componem varios miles de personas diseminadas en unas treinta aldeas. En setiembre de 1884, en el momento de la confusión, procuró ella sola, para el saqueo, varios cientos de reclutas. De este nombre era un hombre de la aldea de Pak-hang-Tong, llamado Chung-Toi-wong; que á su oficio de carpintero juntaba el de hechicero. Esta expedición le proporcionó algunos libros de religión, que entonces apreciaba en poco, y una especie de posesión del demonio, de la que no tardó en sufrir extraordinariamente. Perseguido sin tregua, se

decidió á acudir á un cristiano de la aldea de Lang-neu-tong, el cual le aseguró que sanaría si consentía en convertirse.

No hubo necesidad de más para decidirle, y se puso inmediatamente á estudiar los libros que había robado, y después los que le prestó el cristiano su consejero. Estas lecturas le arrastraron á creer y á rezar. Desde el día en que empezó á rezar, dejó el demonio de molestarle. Cuando volví yo á Ko-chau, el 30 de agosto de 1885, se presentó en seguida á pedirme que le admitiera en el número de los catecúmenos, y desde este día no faltó á ningún ejercicio religioso de la pequeña comunidad cristiana.

Su título de catecúmeno iba á acarrearle no pocos disgustos. Su parentela se vanagloriaba de no contar ningún cristiano. Cuando no fueron ya un secreto sus idas y venidas, todos se conjuraron contra él : « ¿A qué iba continuamente á Long-wo?... Hasta entonces no había un solo cristiano de la familia Chung... ¿Acaso tendrá él la audacia de ser el primero en hacerse cristiano? »

Toi-wong les respondía á todos :

— ¿Podéis vosotros asegurarme que el demonio no me perseguirá más?

— No... pero en fin...

— Pues bien, yo seguiré rezando, y si es preciso morir, más quiero morir cristiano é ir al cielo, que morir ahogado por el demonio.

El 15 de agosto de 1886 le bauticé, poniéndole por nombre Lorenzo. Éste fué para él un día de puro gozo y desde entonces, como anteriormente, era el primero en acudir á la capilla, aunque vivía á más de dos kilómetros; llegando generalmente al despuntar el alba. Hubiérase dicho que los domingos le faltaba tiempo para asistir al piadoso ejercicio. Iluminábase su semblante; la oración

era realmente para él el *juge convivium* de nuestros santos libros. Durante la semana repasaba sin cesar los principales artículos de la fe para comprenderlos mejor.

A todo esto, su parentela seguía mirándole con malos ojos, y no ponía en ejecución sus aviesos designios por temor á la intervención de los mandarines. No obstante, no perdía ninguna ocasión de hacerle sentir su animosidad. En el mes de diciembre le retiró su propietario las tierras que tenía en arriendo, sin devolverle la fianza que aquí depositan previamente todos los colonos.



En el mes de abril se formó el complot que debía terminar con su muerte. Por esta época ya no era un secreto para nadie la hostilidad del virey de Cantón hacia los cristianos. Toda la familia Chung creyó entonces que podía afrontarlo todo, y decidieron apoderarse de Lorenzo, conducirlo á la pagoda de los antepasados en presencia de toda la parentela reunida, obligarle á que apostatara y, en caso de negarse, encerrarle en una jaula y ahogarle.

Todos esperaban que no tendrían que recurrir á este extremo; pues un pagano de la familia Chung, que algunos años ántes había mostrado deseos de convertise, había cedido ante las amenazas. Por consiguiente era de esperar que Toi-wong cedería igualmente. Toda esta trama se había urdido con el mayor sigilo. Lorenzo, sin embargo, tuvo conocimiento, y en diferentes ocasiones había dicho á algunos de sus parientes :

— Cuando hayáis tomado todas las medidas, no dejéis de prevenirme, á fin de confesarme y pueda ir al cielo sin tropiezo.

El 15 de mayo, víspera de la Ascensión, vino á la capilla á confesarse. Entonces mi vecino Agni-Shuk le dijo que

yo me hallaba ausente, y que tenía que esperar hasta Pentecostés. No insistió más, pero dijo al retirarse :

— Yo hubiera querido, sin embargo, confesarme, porque debo estar dispuesto á todo. Yo moriré á fines de mayo, ó á principios de junio, ó lo más tarde durante el mes de julio.

Sus previsiones iban á realizarse.



En China es costumbre distribuir todos los años á todas las familias cierta cantidad de dinero de los ingresos de la pagoda de los entepasados. Esta distribución debía tener lugar para la familia Chung á principios de junio, y decidieron negar su parte á Lorenzo, y tomar sus reclamaciones como un pretexto para apoderarse de él.

El 10 de junio, día del mercado de Po-hii, el notable Chung-Hi-Shang, de la aldea de On-Tong, junto á Meng-Shui, previendo que Lorenzo vendría á buscarle, llamó á cinco ó seis hombres de buena fuerza, y de intento les dió de beber más que lo regular.

El hermano mayor de Lorenzo, advertido por sus amigos, le aconsejaba á que no saliera de casa.

— ¡Bah! le contestó, si han decidido matarme, no puedo librarme de ellos. Así, pues, mejor hoy que mañana.

Dirigióse, pues, á la tienda donde va generalmente Chung-Hi-Shang. Y apenas hubo acabado de hacer su reclamación, Hi-Shang mandó que le agarraran. Sus verdugos, que se hallaban ocultos, salieron precipitadamente y se echaron sobre él, dándole patadas y puñetazos en la cabeza, en el pecho y en el resto del cuerpo.

— Renuncia á la religion cristiana, vociferaba Hi-Shang, golpeándole en la cabeza con su pipa, verdadera maza de fraga, y te se dará la parte que te corresponde.

— Yo no apostataré jamás, respondía Lorenzo; si no queréis darme lo que me toca me pasaré sin ello.

Entonces, dirigiéndose á varios ancianos que estaban presenciando la escena, exclamaba :

— Hay hombres que han deshonorado nuestra parentela con su conduta, y no se les niega su parte. ¿Por qué han de rehusarme á mí la mía? Yo nunca he robado, sino que me he portado siempre honradamente. Yo soy cristiano, es cierto : mas ninguna ley me lo prohíbe.

Durante esta escena, que duró más de una hora, Lorenzo no quiso contestar á los golpes, y eso que hubiera podido muy bien defenderse, estando dotado de una fuerza más que regular. El día siguiente decía á este propósito :

— No me faltaron ganas de empezar á golpes, pero tuve presente el mandamiento de Dios y me abstuve.



Los paganos notaron con asombro que no salió de su boca ni un grito ni una queja. Después de esta escena le ataron las manos como á un criminal, y le sacaron fuera del mercado para empezar á golpearle. Habiéndose presentado su hermano á interceder por él, le prometió Hi-Shang que al día siguiente conduciría á Lorenzo á la pagoda de los antepasados, donde debía reunirse toda la familia para juzgarle, y luego permitió que le llevaran en el interin á su domicilio. Mas nuestro neófito no entendía las cosas de esta manera.

— Me habéis puesto, contestaba este, en un estado tal que me es imposible curarme ya. ¿A qué he de ir á

mi casa? A vosotros toca curarme ó acabarme. Yo quiero que desde esta misma noche me lleven á la pagoda.

Consintió en ello Hi-Shang, y buscó para acompañarle á uno de esos holgazanes que, mediante unos cuartos, se prestan á todo.

A la salida del mercado de Po-hii hay una escalera de piedra de más de veinte escalones que da á un puentecito, que sirve para atravesar el río. Lorenzo, que marchaba con las manos atadas y la cabeza echada atrás, no la vió y fué rodando de arriba abajo sin poder contenerse ni amortiguar algo su caída. En el puente, formado con dos tablas sobrepuestas, dió un paso en falso y cayó de cabeza al río. Y su conductor se permitió el bárbaro placer de dejarle hacer supremos esfuerzos en el agua, ántes de ayudarle á salir fuera.



Más muerto que vivo, y con la cara y el cuerpo horriblemente mutilados, Lorenzo iba arrastrando por el camino que conduce de Po-hii á la pagoda de Ma-po, situada á dos kilómetros más abajo de Long-wo.

Cerca de la aldea de Shik-polo reconoció á un cristiano que estaba trabajando junto al camino, y le dirigió la palabra :

— Toi-wong, le contestó entonces el cristiano, acuérdate de Nuestro Señor Jesucristo.

— Presente le tengo, repuso Lorenzo. Dí al Padre y á mis hermanos que no tengan cuidado : ahora y siempre soy y seré cristiano.

Un poco más adelante encontró al hijo de su hermana, igualmente cristiano, y le dijo :

— Vé á decir á mi mujer que no tenga ninguna pena por mí; que trabaje sus tierras y eduque bien á los hijos.



No habiendo tenido ninguna noticia del complot, ni pudiendo creer que contra él se entregarían á los últimos excesos, el día 11, al romper el día, envié su mismo sobrino á que le visitara y le preguntara dándome pronto aviso.

— ¿El Padre es quién te envía? le dijo al verle Lorenzo.

— Sí, contestó su sobrino; porque quiere saber en qué estado te encuentras, y te recomienda que reces mucho.

— Toda la noche la he pasado rezando; pues el dolor no me ha dejado dormir un instante. Ahora mismo no podría tenerme de pié; soy hombre perdido. Aunque me dejen en libertad, de seguro moriré á consecuencia de mis heridas.

Poco después he sabido que al llegar á la pagoda le habían ofrecido carne, legumbres y vino. Pero se negó á probar la carne, diciendo.

— Hoy es día de abstinencia; y aunque me ofrecieran un buey entero, yo no le tocaría.

Comió sólo las legumbres y bebió un poquito de vino, añadiendo :

— Aún no ha concluido mi tormento, y es preciso tomar fuerzas para llegar hasta el fin. Si llegara á perder conocimiento, se diría que el valor me ha faltado... Hay en este misero mundo muchas clases de celebridad : los ladrones tienen la suya. Por lo que á mí toca, solo como cristiano quiero conquistar renombre. No sería gran cosa, si no hubiera después de ésto el paraíso.

Tuvo un momento de enojo contra sus verdugos.

— ¡Es posible, decía, que me hayan puesto en tan lastimoso estado estos miserables! Yo nunca les guardaré rencor,

Mas todo esto lo decía sin descomponerse lo más mínimo.



Separóse de él su sobrino en el momento en que iba á comer. Como la víspera y por la misma razón no quiso carne de puerco, y se contentó con algunas legumbres, que comió con escaso apetito, y bebió una taza de vino. En este momento se hallaban sentados á su lado su mujer, joven aún, y sus hijos. Dirigióles la palabra, dióles con gran serenidad las instrucciones necesarias, indicóles el dinero que le debían acá y acullá, así como las deudas que él había hecho, les entregó el bolsillo y les mandó retirarse.

Entonces tuvo lugar una escena desgarradora. Su mujer y sus hijos, negándose á salir, se revolcaban en la estera exclamando á gritos. Lorenzo sintió un momento de impaciencia.

— Vólveos á casa y dejadme en paz; sólo me quedan unos instantes de vida, y quiero emplearlos en la oración.

Todo esto lo dijo de una manera brusca, á fin de disimular mejor su emoción, me parece á mí, porque era muy buen padre. Los honrados paganos que le habían desgarrado todo su cuerpo, se mostraron muy escandalizados.



Eran en aquel instante las dos de la madrugada. La turba de perseguidores, que había desayunado en Po-hii, llegaba á la pagoda. Allí estaba ya dispuesta la jaula en que debían encerrarle para echarle al agua. Habíanla encargado de antemano y pagado por ella doscientas sapecas. A la cabeza de los malvados figuraba un bachiller militar, sobrino de Chung-Hi-Shang, y como él, de la

aldea de Ou-Tong. Tomó éste la palabra, inclinóse sobre la estera y tomando en la mano su zapato para golpearle, dijo á Lorenzo :

— ¿Vas á renunciar á la religion cristiana?

— No, respondió Lorenzo, jamás renunciaré.

— Puez la vas á renunciar, repuso el malvado, dándole un zapatazo en la cara, ó te echamos al río.

— Cuanto ántes mejor. Cuanto más ántes me hayáis ahogado, tanto más ántes me veré en el cielo.

— Te digo que vas á prestar adoración á nuestros antepasados.

— A estos yo los respecto, pero no tengo la menor veneración por vuestras tablas de madera.

— Pues así y todo tienes que prosternarte delante de ellas.

Y dicho esto le obligaron á que se levantara y le llevaron arrastrando hasta el altar donde están colocadas las tablas. Fuerzanle á que se arrodille, pero Lorenzo se tiene tieso á pesar de su dolor.

— Dispuesto estoy á doblar la rodilla delante de Dios, pero delante de vuestras tablas, jamás. Demasiado he dado al demonio; en adelante no obtendrá nada de mí.

Y llovían sobre él los golpes como una granizada. Pa-Shan, sobrino de Hi-Sang, hecho una furia, le daba terribles patadas en el costado. Ni un solo instante perdió Lorenzo su serenidad. A cada pregunta respondía con un tono natural, á veces con cierto matiz de malicia, acompañando sus esplicaciones con ayes lastimeros que al menor movimiento le arrancaba el dolor.

— Entre las cuatro mil personas que llevan el nombre de Chung, yo tengo la mejor parte.

— ¿Y cómo?

— Porque voy á ir al cielo; en tanto que vosotros, el día que muráis, iréis de cabeza al infierno.

Cuando le volvieron á conducir á su estera después de un cruel tormento de una hora, causaba horror el verle. Ya no tenía figura humana, y de su cuerpo desgarrado pendían pedazos de carne. Tenía el brazo derecho inerte y varias costillas rotas.



A la violencia siguió la astucia; después de los verdugos vinieron los falsos amigos, acercándose uno después de otro á suplicarle que dijera sólo una palabra.

— Confiesa que ya no adoras al Señor del cielo y te se dejará en libertad. Más aún, te se darán dos mil sapecas para que compres remedios.

— Jamás, contestaba Lorenzo.

Su mujer se unía á los falsos amigos, sin conseguir tampoco conmoverle. Entre sus manos cerraba una medalla de la santísima Virgen, la medalla de su bautismo.

— Si se le arrancase esa medalla, dijo uno, quizá se conseguiría que cediera.

— Intentadlo, añadió otro, antes preferirá morir que soltarla.

Dejáronle algunos instantes de reposo, que él aprovechó para proseguir sus oraciones sin interrupción.



Interin tanto, su mujer, pagana todavía, vino corriendo á la Misión.

— Padre, me dijo, sólo le piden una palabra. Mándale que ceda, pues á ti te escuchará.

Y al replicarle yo que era cosa imposible, exclamó:

— Tú eres quien le ha animado á hacerse cristiano: si muere, tú debes mantenernos á mí y á mis hijos.



El notable Chung-Hi-Shang me era ya de antemano conocido. En 1884, en el momento del saqueo, no se había desdeñado, notable y todo, en robarme una cruz de altar. En Po-hii había dicho la víspera á un cristiano :

— Dile al Padre que lo de Toi-wong no atañe en nada á la religión. Ya iré yo á verle sobre este particular al volver á Ma-pon.

— El mismo día, en la pagoda, había preparado una carta que no me fué dirigida. Mandé yo un catequista y un cristiano á pedirle esplicaciones, pero fueron muy mal recibidos, y les negaron la entrada. Por fin salió Hi-Shang y les dijo que yo debía estar tranquilo, porque lo que se le echaba en cara á Toi-wong, no era su religión.

A la sazón había en la pagoda y sus inmediaciones algunos miles de personas. Las mujeres aglomeradas á la puerta llobaran y pedían su perdón. Luego he sabido que hasta se habían tomado medidas para rechazar un ataque de los cristianos, en caso que le intentaran.



Los parientes, sin embargo, habían mitigado un poco sus exigencias. Ya no era cuestión de que Lorenzo abandonara realmente la religión cristiana, sino de que dijera simplemente que la abandonaba, para evitar una contrariedad á los jefes de la familia. En este caso podría volver á la capilla desde el día siguiente.

— Si dijera que renuncio á la religión, contestaba Lorenzo, mentiría, y yo no quiero mentir.

— ¿Qué importa? replicaban los otros : mañana puedes empezar de nuevo tu vida religiosa.

— ¡Cómo!... ¿Consentiríais acaso vosotros en pasar esta noche sin cenar?

— No.

— Pues bien, tampoco yo puedo pasarme sin rezar.

— ¿Pero por qué, se decían todos, mueve continuamente sus labios?

— Se ha vuelto loco, decía uno.

— Está rezando sus oraciones, añadía otro.



Al ver los jefes de familia que era imposible vencer su resistencia, mandaron traer la jaula. La mujer de Lorenzo se precipita entonces hacia su marido para resguardarle; pero un notable de Won-Tong-Po la maltrata y consigue separarla.

Lorenzo se había hincado de rodillas y oraba juntas las manos. Luego que hubo acabado, se tendió cuanto era de largo, entró él mismo en la jaula hasta los hombros, y dijo á los circunstantes :

— Ayudadme, porque jamás podré entrar yo solo.

La jaula, de forma cilíndrica, medía más de cuatro pies de largo. Empujáronle, pero sólo consiguieron hacerle entrar hasta las rodillas. Entonces cuatro de los más robustos levantaron la caja y la trasportaron hasta la margen del río á unos cincuenta metros del agua. Eran á las sazón casi las tres. Los labios del mártir, horriblemente desfigurados, seguían moviéndose silenciosamente. Su mano agitada continuaba apretando la medalla de la santísima Virgen. En este momento se acercó á él su sobrino para decirle :

— Tío, ¿tienes presentes las palabras del Padre?

— Sí, le contestó.

— Y alguno de los presentes le preguntó.

— ¿Tiene el Padre aun alguna cosa que darte?

— No, replicó Lorenzo; si estuviera enfermo en mi casa, me daría el sacramento de la extremaunción. Aquí nada tiene que administrarme. Orando está por mí.

A todo esto sus amigos redoblaban sus instancias.

— Jamás, respondió con firmeza, jamás renunciaré á la religión.

Y dirigiéndose á su sobrino que permanecía á su lado, le dijo :

— Si vuelvo á mi casa, no por eso dejaré de morir, y perdería de un golpe mi cuerpo y mi alma. ¿A qué vienen tantas instancias? añadía : empujadme al agua, y que todo sea concluído. Seguros podéis estar que os lo agradeceré, porque sufriendo estoy con gusto.



Más de una hora había trascurrido así, molestándole con sus gritos los unos, con sus súplicas los otros, hasta que perdió la paciencia, y como un san Ignacio, empezó á azuzar á aquellas fieras que no se decidían á devorarle.

— Si los jefes de la familia, exclamaba, no tienen valor para acabarme, no son hombres.

Un nuevo género de intercesores volvía á la carga pretestando que ya no se trataba de que apostalara, sino de que reconociera que había faltado al respeto á los notables.

A estas nuevas instancias de sus amigos juntó las suyas su sobrino.

— Eso no vacilo en confesarlo, contestó Lorenzo,

pero á condición de que conste que yo no apostataré, porque ahora y siempre soy y seré cristiano.

En este concepto no fueron admitidas sus excusas. Los parientes querían á todo trance la apostasía. Entonces dos de los que se habían prestado á desempeñar el oficio de verdugos, levantaron la caja y la echaron al agua. Y mientras que un tercero la sujetaba con una cuerda para que no la arrastrara la corriente, otro, armado de un largo bambú, la empujaba al fondo. Durante un rato que á todos pareció enorme, el agua permaneció tranquila. Dando un tirón él que tenía la cuerda, hizo un sobresalto Lorenzo, y la jaula subió á flor de agua. Volvieron otra vez á empujarla al fondo, é hizo entonces un fuerte movimiento. Entonces abandonó al cuerpo el alma de Lorenzo.



En setiembre de 1884 Chung-Hi-Shang había dicho :
— No hay un solo cristiano del nombre de Chung, y si alguna vez le viniera á la idea á uno de los nuestros abrazar la religión, no nos faltarían medios de impedirselo.

Dios oyó su reto, y uno de los suyos pidió y obtuvo el bautismo.

El 11 de junio de 1887, después de la muerte de Lorenzo, Chung-Hi-Shang decía también :

— Había un cristiano del nombre de Chung, y acabamos de ahogarle. Ya veremos si hay otro que se atreva á convertirse.

Dios habrá oído este nuevo reto. ¡ Pliéguele tenerle en cuenta y darnos catecúmenos dignos de Lorenzo!

VICARIATO APOSTÓLICO DE COREA

La Corea, esa tierra de los mártires, que firma tratados con las potencias del Occidente y de la América, parecía que había renunciado para siempre á sus tradiciones de crueldad; mas he aquí que el año pasado ha puesto á prueba la constancia de sus neófitos, regocijando la vista de los ángeles con escenas heroicas. El venerable sucesor de Mons. Ridel nos ofrece en las siguientes páginas un cuadro conmovedor.

CARTA DE MONS. BLANC

VICARIO APOSTOLICO

DE LA SOCIEDAD DE LAS MISIONES EXTRANJERAS DE PARIS

A Los S S. Directores de la Obra de la Propagación
de la Fe

Seoul, 15 junio de 1887.



CABANDO de ser ratificado el tratado franco-coreano firmado el 4 de junio de 1886, me apresuro á escribir á Vds. para darles algunas noticias de nuestra Misión de Corea.

I

La persecución. — Historia de Colomba.

Quiero ante todo dar á Vds. las gracias por lo que se han servido publicar en las *Misiones católicas* respecto de nuestros temores. Por la misericordia de Dios, esta persecución no ha tomado las proporciones que eran de

temer : sólo tres cristianos han sido encarcelados; mas los que han sido robados, maltratados y reducidos á la miseria, pasan de ciento. Su misionero, Mr. Robert, hace todo lo posible para mejorar su posición.

Entre las cristianas detenidas, una especialmente, llamada Colomba He, se ha granjeado la estimación de todos, cristianos y paganos, por su firmeza, paciencia y acierto en sus respuestas. Ésta ha sufrido ya no pocos interrogatorios; pero, gracias á Dios, ni una sola vez ha flaqueado su firmeza.

Detenida el 6 de febrero en lugar de su marido que había huído, fué enseguida cargada de cadenas y conducida al tribunal criminal. El juez le preguntó su nombre y el de sus cómplices, proponiéndole la libertad si apostataba, ó la muerte en caso de obstinarse. He aquí cuál fué la respuesta de Colomba :

— Yo soy cristiana y prefiero morir ántes que renunciar á mi Dios. En cuanto á los que tú llamas nuestros cómplices, estos se cuentan por miles, y no te sería posible apoderarte de todos. Así, pues, que no se me pregunte más sobre este particular, porque no diré una palabra.

Recita todo lo que has aprendido, replicó el juez.

— Entonces recitó la oración de san Francisco Javier para la conversión de los infieles. Después de esto la envió el juez á la cárcel, diciendo que no recitaba nada malo. A su vuelta á la prisión recibió toda suerte de injurias y apóstrofes de los satélites y criados de la prefectura, quienes la desfiguraron la cara á bofetones. Hallándose en cinta de ocho meses, no tardó caer enferma en su húmedo calabozo, en el cual hubiera muerto, si por ella no hubiera intercedido un amigo del juez, favorable á nuestros cristianos. Entonces la trasladaron á una habitación inmediata.



Los días siguientes Colomba rehusó varias veces la libertad que querían concederle á cambio de la apostasía. Irritado el gobernador por semejante valor, le ha amenazado ya dos veces con la muerte, á fin, según dice, de dar un ejemplo al pueblo. Nuestra cautiva se preparó entonces á la muerte orando para alcanzar la perseverancia hasta el fin. Los cristianos rezaban por ella todos los días la letanía de los santos.

Encerrada de nuevo durante ocho días en el calabozo de los ladrones, Colomba tuvo aún mucho que sufrir, hasta que apiadado de ella el carcelero le hubo dado un cuartito. Tres veces durante la noche le ha abierto éste las puertas aconsejándole que huyera y diciendo que él pagaría con su cuerpo si la cosa viniera á descubrirse. Pero Colomba no ha aceptado tan generosa oferta diciendo que no partiría sin la orden de la autoridad superior.

Colomba ha dado á luz un niño en su calabozo. Habiendo intercedido por ella alguno con este motivo, el gobernador ha contestado que si no le entregan cierta cantidad de dinero, mandará que la maten.

Ahora acaba de pasar un nuevo interrogatorio en el cual se ha mostrado digna de sus antepasados los mártires. Apremiada para que renegara de Dios, á fin de alcanzar su libertad, contesta que ante semejantes condiciones prefiere seguir en la carcel; y luego dirigiéndose al juez de lo criminal le dice:

— Un ministro ó un dignatario cualquiera que hiciera traición á su rey, ¿sería digno de recompensa ó merecería un castigo?... Por lo que á mí toca jamás con-

sentiré en renegar de Dios, rey del cielo y de la tierra, de los ángeles y de los hombres.

No sabiendo el juez qué contestar, dió orden de que la encerraran de nuevo en el calabozo de los ladrones, donde su hijo, nacido un mes ántes, ha muerto hace algunos días. Al verle espirando, esta piadosa néofita exclamó.

— Dichoso hijo, nacido y bautizado en un calabozo, muere encarcelado, reuniendo todos los méritos que yo misma hubiera podido adquirir.



Habiendo manifestado M. Robert el deseo de que recibiera los sacramentos, el marido y la hermana de Colomba penetrarón en la cárcel y se ofrecieron como fianza para que la dejaran ir á pasar unos instantes á la casa de sus padres.

Consintió en ello el carcelero mediante una cantidad, y diciéndole que volviera al momento, porque ella sola valía más que otros cien prisioneros. Vino, pues, á media noche, y M. Robert la confesó : asistió luego á la santa misa, recibió el pan de los fuertes y se volvió llena de gozo llevando consigo una limosna que se recogió después de la misa.

Pocos días después se presentó el juez al gobernador, y como le hubiera preguntado qué es lo que debía hacer con las dos cristianas, parece que éste respondió que era preciso retenerlas en la carcel.

— ¿Y si mueren en la prisión ?

— Si mueren, las entierra V. ó las echa á los perros, como á V. le parezca.

Si estas palabras son ciertas, prueban una vez más el

poco caso que se hace en Corea de la justicia y de la vida de las personas, sobre todo si son cristianas.



Nuevo interrogatorio de Colomba en estos días, en el cual el juez de lo criminal le dice :

— Detenida durante cuatro meses en la carcel y habiendo perdido á tu hijo, ¿no has cambiado de resolución?

— Ya tengo dicho al juez, contestó ella, que no me pregunte más respecto de la religión: tú sabes mi pensamiento, y yo no tengo dos palabras.

— Pero ¿por qué no quieres apostatar?

— Porque yo no puedo renegar del Dios del cielo y de la tierra, criador de todas las cosas.

— ¿No tienes miedo á la muerte?

— Mi vida está entre tus manos; si tú quieres conservármela, me mostraré muy contenta; si, por el contrario, quieres quitármela, no temo morir por mi Dios, segura como estoy de conseguir la vida eterna.

El interrogatorio no se prolongó más tiempo. Como había muchísimos asistentes, todos los que la oyeron declararon que no habían visto jamás una mujer semejante: los unos la aplaudían, los otros la injuriaban, según las ideas de cada cual.

En este estado quedaban las cosas al recibir las últimas noticias de Kyang-sy-ang-to: á todos los pasos que se daban para alcanzar del gobernador la libertad de nuestra cristiana, respondía siempre que no la soltaría jamás sin haber obtenido ántes una apostasía formal. De modo que el combate está terminantemente trabado entre el hijo de la luz y el príncipe de las tinieblas. Esperamos que la victoria quedará por la Cruz, y que Dios se dignará coronar á su fiel servidora.

II

El Jubileo. — Fervor de los neófitos.

En la capital y en las provincias nuestros cristianos se han apresurado á ganar la indulgencia del Jubileo; en todas partes han sido muy notables el fervor y el entusiasmo. Los ejercicios prescritos han sido fielmente ejecutados, y en lugar de *dos* días de ayuno, muchos han observado hasta *cinco* ó *seis*, á fin como ellos decían, de alcanzar más fácilmente la remisión de la pena debida por sus pecados. Al gunos tibios, que no se habian acercado á los sacramentos desde hace veinte años, han aprovechado esta ocasión para salir de su letargo y reconciliarse con Dios.

Uno de mis misioneros me dice :

« Me he quedado admirado de la animación producida por la indulgencia del Jubileo. Todos mis cristianos se han apresurado á participar de este precioso favor. En todos los *kongso* (punto de reunión, donde á su paso administra el misionero los sacramentos) he visto enternecido llegar de muchas leguas de distancia á un padre ó á una madre con su hijo á la espalda, á un anciano apoyado en su báculo, á una joven ó á una mujer noble aprovechando las tinieblas de la noche para ocultar su viaje á los paganos. ¡ Ah ! nosotros somos los benditos del divino Maestro... ¡ Pobres hijos ! hace más de cincuenta años que les están hablando de libertad, y durante este tiempo, cuántas lágrimas que enjugar ; cuántos dolores que sufrir ; cuántos peligros que correr ! El año pasado llegaron por fin á creer que habían en-

contrado un término á sus males, y una vez más vieron frustradas sus esperanzas ; el tratado franco-coreano no se ocupa siquiera de ellos.

III

El tratado franco-coreano.

Antes de terminar diré dos palabras sobre el tratado franco-coreano, firmado el 4 junio de 1886 y ratificado el 30 de mayo de 1887. En principio, este tratado no es más que la reproducción del tratado inglés, adoptado sucesivamente por la América, Alemania y Rusia. En él no se hace mención de religión, ni de misioneros, ni de cristianos indígenas : ni siquiera deja suponer que estos últimos puedan tener jamás la idea de abrazar la religión de los extranjeros : todo lo que en él se concede, es que los extranjeros tendrán el libre ejercicio de su culto en los puertos abiertos al comercio.

He aquí la situación : aquí estamos *trece* misioneros ; nuestros cristianos ascienden casi á *quince* mil, y á los ojos del gobierno coreano no hay *ningún cristiano*. Los que están en nuestras casas no son más que criados, y no hay más que *cinco* misioneros, — los dos profesores del colegio, mi provicario, mi procurador y yo, — que tengan la libertad de residir en la capital.

Por el momento nuestros coreanos se muestran lo más recalcitrantes posible ; mas yo espero que con el tiempo se harán más tratables y nos concederán poco á poco lo que nuestros vecinos los japoneses han concedido á nuestros colegas del Japón, á pesar de ser tan poco favorecidos como nosotros por el tratado.

Como hasta ahora estamos viviendo al día sin poder hacer acto de presencia, no teniendo ni iglesia ni capilla, no hemos tenido aún ocasión de hacer gastos extraordinarios. Pero en lo sucesivo ya no será así; para aprovechar la exigua libertad que acabamos de obtener, necesario es que lo antes posible pongamos manos á la obra. Como nada poseemos, tenemos que crearlo todo...

La última administración nos ha dado por resultado 9762 confesiones y 8318 comuniones anuales. El número de bautismos de adultos ha sido de 583; el de los niños, de 1552: la cifra de la población cristiana es de 14847; nuestro seminario cuenta 13 alumnos con 2 profesores: en Pi-nang tenemos también 18 alumnos.

Permítanme Vds. para concluir, que les recomiende de una manera especial la pobre misión de Corea: los días por que debemos atravesar son difíciles: tenemos necesidad de una particular asistencia del Espíritu de luz y de fortaleza, y para alcanzarla contamos con las fervientes oraciones de Vds. Por todo lo que ya han hecho Vds. por nosotros, y por lo que hagan todavía, reciban aquí la expresión de mi más profunda y afectuosa gratitud.



Misiones de Africa

VICARIATO APOSTÓLICO DE LAS DOS GUINEAS

Impulsados por su celo los Misioneros de las Dos Guineas acaban de estender su ministerio hasta la derecha del Niger. Hasta ahora, en efecto, su acción apostólica se había concretado sólo al Gabón y las hordas vecinas. Como lo demuestra la siguiente carta, les están reservadas numerosas conquistas en este vasto territorio, donde jamás se había dejado oír la palabra evangélica.

CARTA DEL R. P. HORNÉ

MISIONERO DEL ESPÍRITU SANTO Y DEL SAGRADO CORAZÓN DE MAR A

Onitsha, 5 de julio de 1887.

Nuestra llegada al Niger.



A impresión del viajero al llegar al Niger justifica perfectamente el nombre dado á este río, que es verdaderamente negro. Diríase que la naturaleza está vestida de luto. En todas partes, las tierras pantanosas no producen más que plantas fluviales, cuyo aspecto sombrío revela algo de siniestro. ¿Qué es lo que pasa en estos bosques inmensos y tenebrosos? Dios solo lo sabe. Jamás ha osado penetrar explorador alguno. El sepucral silencio que allí reina, es sólo interrumpido por el rugido de los leopardos y el graznido de las aves de rapiña.

El 25 de noviembre de 1885 fué cuando entramos en la

embocadura del Niger, en medio de una terrible tempestad. Los prolongados y brillantes relámpagos, el ruido del trueno particular á estas comarcas ecuatoriales, el furor de las olas y la violencia del viento y de la lluvia inducían á creer que el infierno se había desencadenado visiblemente contra nosotros. Pero habíamos puesto nuestra confianza en la divina Providencia, y nuestro viaje bajo la protección de nuestra buena madre del cielo. Nuestra esperanza no quedó desmentida, pues en muchas circunstancias vimos ostensiblemente el efecto de su protección. Así es que nuestros corazones latían de gozo á medida que nos íbamos acercando al parage donde debíamos echar los fundamentos de una nueva Misión.



Al ir remontando el río fuimos saludados por los indígenas de las numerosas aldeas situadas en ambas orillas. Éste era ya un buen augurio.

En una de estas aldeas, llamada Atanny, fuimos á visitar á la reina, que pasa por ser amiga de los blancos. Mas, á pesar de sus relaciones con los ingleses, está muy lejos de ser distinguida. Así se la ve beber aguardiente como si fuera agua, y echar gargajos á derecha é izquierda sin preocuparse si caen en el suelo ó van á parar á las espaldas de sus súbditos sentados á sus pies. Su Majestad lleva en los brazos y en los pies enormes piezas de marfil, haciendo muy difícil su marcha. Sus súbditos son todos paganos : y lo que es más figuran entre los caníbales más temibles, como lo prueba el gran número de asesinatos que se cometen todos los años en su territorio, para hacer sacrificios ó con motivo de algún entierro. Bien puede asegurarse que pasa de ciento...

Onitsha. — Visita al rey.

Habiendo partido de Bras el 26 de noviembre, llegamos á Onitsha el 6 de diciembre. Aquí es donde teníamos el proyecto de fundar nuestra primera estación.

Al día siguiente fuimos á hacer nuestra visita al rey. Su capital está á una legua corta del río, y no cuenta menos de quince á veinte mil almas repartidas en ocho aldeas ó distritos distintos. El palacio real es de tierra como las demás casas ricas de la comarca, y comprende tres piezas : la primera para la reunión de los jefes del pueblo; la segunda para el personal de palacio, y la tercera par la persona del rey.

Presentóse ante nosotros Su Majestad, ceñida la cabeza con una preciosa corona de oro, nos tendió la mano y nos hizo sentar á su lado en unas cajas vacías.

El rey representa un hombre de treinta y cinco á cuarenta años, de elevada estatura y de pálido y enjuto semblante. En su mano izquierda lleva una cola de caballo, que le sirve de abanico, y en la derecha una campanilla con un mango artístico, sonando siempre que marcha para anunciar su paso, y en las reuniones para imponer silencio. Su trono es de tierra, cubierto con un riquísimo tapiz. En frente de él y en medio de la corte está el árbol de los sacrificios domésticos, y en el fondo de la casa penden de la pared algunos fetiches de madera, rodeados de flechas, de cuchillos, de plumas, de dientes de fieras, etc.

Como nuestra visita estaba anunciada de antemano, habían tenido tiempo suficiente de convocar á todos los jefes. El hermano del rey, su hijo mayor, los jefes de primero y segundo orden, los consejeros de la reina y

otros varios notables se encontraban presentes. Cuando éstos llegan delante de Su Majestad, ejecutan con exagerada exactitud las ceremonias acostumbradas en tales circunstancias.

He aquí en que consisten.

El súbdito se acerca hacia el trono, se prosterna tres veces y besa la tierra; después, levantándose sobre sus rodillas, presenta alternativamente los dos puños al monarca, dirigiéndole felicitaciones y todo genero de alabanzas. Levántase luego completamente, retrocede y avanza tres ó cuatro veces, presentando siempre el puño, pronuncia sendas maldiciones contra los enemigos del rey y le proclama por más poderoso que sus vecinos.

Cada jefe está obligado á observar esta ceremonia, durante la cual los demás permanecen de pie.



Luego que hubimos ocupado nuestro puesto en la asamblea, empezamos á exponer el objeto de nuestra visita, cual era obtener el permiso de establecer una misión. El rey se mostró favorable á nuestra petición, y hasta acogió con demostraciones de júbilo nuestro designio de fijarnos en su territorio. Después nos aseguró que estaba dispuesto á concedernos todo cuanto deseáramos, prometiéndonos además que nos enviaría sus dos hijos tan luego como estuviesen restablecidos.

En cuanto á los asistentes, no volvían estos de su asombro y admiración al saber que veníamos del lejano país de los blancos, no á comerciar ni hacer dinero como los demás Europeos, sino á ejercer el bien con los negros y á instruir á sus hijos.

Acto continuo puso el rey á nuestra disposición uno

de sus súbditos que hablaba un poco el inglés, para enseñarnos la ciudad, y á fin de que eligiéramos sin tardanza el sitio que nos conviniera. Nos despedimos de Su Majestad dándole seguridades de nuestra estimación, y nos pusimos á buscar un emplazamiento conveniente.

Estación de la Santísima Trinidad.

La falta de agua y la separación del río, única vía de comunicación, nos decidieron á no fijarnos en la misma ciudad. Después de algunas exploraciones encontramos á orillas del Niger, á una legua corta de Onitsha, un arroyo considerable, llamado N'kesi, cuyas aguas puras y cristalinas corren entre dos colinas. Fijamos, pues, nuestra elección sobre la colina más próxima á la ciudad, porque nos ofrecía dos grandes ventajas : agua fresca y terreno fértil. Concediéonos gustoso el rey las veinte hectáreas que le pedimos, y se firmó el contrato el mismo día de la Epifanía, el 6 de enero de 1886.

Inmediatamente después dimos principio á los trabajos de construcción. En este momento plugo á Dios arrebatarnos, por una muerte inesperada, el piadoso y sentido I.-Juan-Gotto-Jacob. La prueba más cruel para los misioneros, es ver sucumbir á un colega de utilísimo concurso, por no decir necesario.

El buen hermano, natural de la querida Alsacia, era de oficio albañil, y podía, en estos momentos sobre todo, prestarnos muy importantes servicios.

Dios, sin embargo, no nos abandonó, ántes bien nos sostuvo maravillosamente en medio de las dificultades inherentes á toda nueva misión. Hemos continuado nuestros trabajos con ardor, no sin quebrantamiento de la

salud, y hoy poseemos ya una casa de veintiun metros de largo por siete de ancho, con una capilla capaz de contener unas doscientas personas.

La Misión y los negros.

Estas construcciones y la transformación de nuestra pequeña colina, hasta entonces inculta y cubierta ahora de árboles frutales y de legumbres, nos atraen gran número de visitantes que vienen, según su misma expresión, á ver como trabajan los *blancos sabios de Dios*. Lo que causa más admiración es el altar de nuestra modesta capilla. Los preciosos cuadros del sagrado Corazón de Jesús y de María, los candeleros relucientes como el oro, y las velas cautivan su atención y no se cansan de contemplarlos.

Ante las estátuas de la Virgen y de san José, ambos con el Niño Jesús, estos pobres negros asombrados no tenían en su boca más que esta palabra : *¡O naka!* ¡O qué magnífico! Eran, según su opinión, dos blancos que les parecían muy misteriosos... ¿Viven ó no? Tal era el enigma cuya solución andaban buscando.

— Sí, viven, decían unos : ¿no véis que nos están mirando? Sus ojos están fijos en nosotros.

— No, decían otros; no viven; mirad sino como están inmóviles, sin menear los pies : además ¿como podrían vivir sin comer?

Era una serie de reflexiones á cual más simples, pero que nos daban ocasión de hablarles de nuestra santa religión.



El Padre superior, el R. P. Lutz, que había traído consigo un estereóscopo que le habían regalado en París, tenía asombrados á los indígenas haciéndoles ver, por medio de las fotografías, el cielo, el infierno, las villas, las montañas, etc. Inútil es decir cuánta gente se aglomeraba á contemplar estas maravillas.

El R. P. superior había traído también de Francia una maquinita eléctrica, cuyo admirable instrumento causaba su embeleso.

— Es fuego azul lo que contiene, decía uno; ved sino las chispas que salen.

— No, decía otro; es el agua del pez del rayo.

Hay, en efecto, en el Niger una especie de pez eléctrico, que al tocarle causa una contracción violenta y una sensación dolorosa. Los negros le cogen con cestas y no le tocan sino con tridentes.

Estos diversos medios han servido mucho para atraer los negros á la Misión. Así que los domingos podemos contar ya con ciento á ciento cincuenta asistentes á las dos instrucciones que se dan en la misa mayor y por la tarde. Todos estos buenos negros recitan con gusto en onitsha el *Pater*, el *Ave* y el *Credo*, así como los mandamientos de Dios y de la Iglesia. Hemos compuesto también algunos cánticos en su lengua, que ellos entonan con admirable entusiasmo.

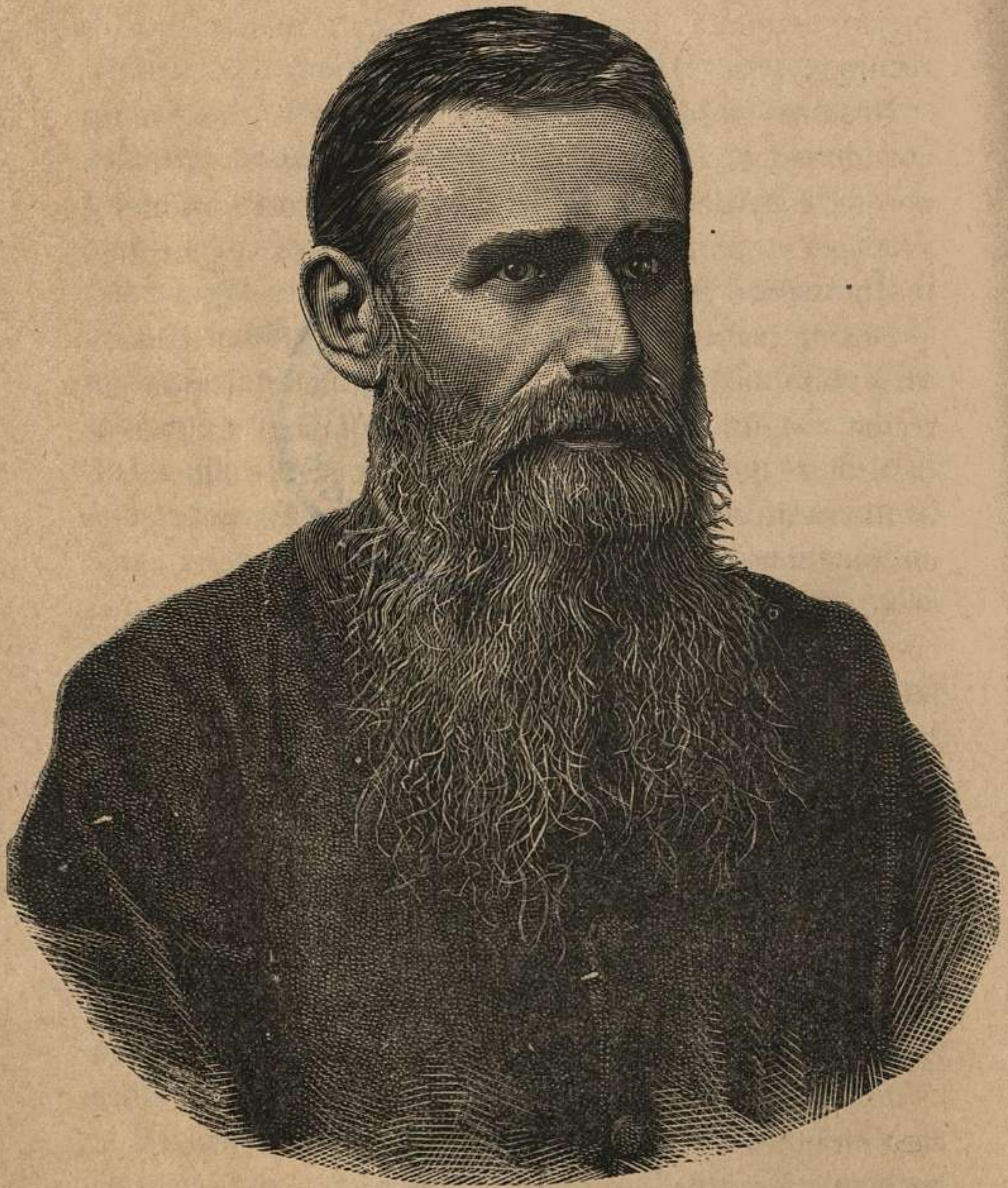
El mercado de los esclavos.

Otra obra que embarga todo nuestro interés, y que quisiéramos desarrollar, es la del rescate de los infelices esclavos condenados á muerte. En frente de nuestra estación, al otro lado del río, tenemos un gran banco de arena llamado el *banco de los esclavos*. Aquí es donde tiene lugar este infame tráfico de carne humana. A él acuden tratantes de todas las tribus vecinas, y aún de otras más apartadas; aquí, en medio de tiendas de telas indígenas y al lado del puesto de los frutos del país, y de los animales, está el mercado de los esclavos. Éste es el más frecuentado de todos. Los amos desalmados traen aquí á los infelices de quienes quieren desprenderse, ó aquellos que por su edad ó achaques no valen para el servicio, vendiéndolos cual despreciables reses.

A los habitantes de Araba, sobre todo, les gusta mucho acudir á este mercado. Araba está situada detrás de la *bank*, á unos veinte minutos. Ésta es una villa de veinte mil almas, que no tiene rey, pero en cambio tiene de trescientos á cuatrocientos reyezuelos. El reinado es accesible á todo el mundo: para ello el único medio es inmolar uno ó dos seres humanos, lo cual es señal de poderío y de riqueza. Como á muchos les halaga este honor ganado de una manera tan triste, el número de estos reyezuelos va aumentándose más cada día.

En los entierros, aniversarios, fiestas religiosas y de familias, hay también costumbre de inmolar víctimas. Poco importa la calidad; sólo el número es el determinado. De aquí que los habitantes de Araba sientan tanta inclinación hacia la *bank*, porque allí encuentran ocasión de comprar esclavos á bajo precio. Éste varía entre vein-





3 MONS. NAVARRE, VICARIO APÓSTOLICO DE LA MELANESIA Y DE LA MICRONESIA E

ticinco y cincuenta francos. ¡ Ah! cómo deseáramos nosotros poder comprarlos á todos para hacer de ellos hombres libres y cristianos! Mas por pequeño que sea el precio, es aún á veces muy elevado para nuestros cortos recursos.

Nosotros rescatamos con preferencia á los niños abandonados, á los enfermos y á los ancianos, primero, porque éstos deben merecer la compasión del misionero, y después, porque se venden más baratos, y nosotros tenemos poco dinero.

Dos de las niñas que hemos rescatado se hallaban en un estado lastimoso. Abandonadas mucho tiempo sin recibir ningún cuidado ni alimento, habían tomado la costumbre de comer tierra, y tenían el cuerpo hinchado. A fuerza de cuidados y remedios, no tardó la más joven en recobrar la salud; pero la mayor, que tenía cinco años, estaba ya muy enferma cuando la tomamos. Su cuerpo, ulcerado por todas partes, parecía una sola llaga; así que su alma le abandonó pronto para volar al cielo.

Entre los chicos hemos recibido dos que eran muy tiernos: uno no tenía más que tres días cuando nos le trajeron, y el otro ocho ó nueve meses. Éste venía de muy lejos: sus padres nos le habían vendido, porque había empezado á andar ántes de echar los dientes. Desde entonces estaba destinado á morir; porque según las ideas supersticiosas del país, una criatura semejante es un hijo de mal agüero. La ley del país coloca este caso en el número de los que deben ser escludidos de la nación; y los hechiceros vigilan mucho la observancia de esta odiosa costumbre.

Desde hace tres meses que los tenemos, estos tres niños siguen muy bien, gracias á la leche condensada que les damos disuelta todos los días.

**Mujeres condenadas á muerte y salvadas
por la Misión.**

Las criaturas más desgraciadas en el Niger, después de los niños, son las mujeres ancianas.

Los negros, — como es sabido, — son muy supersticiosos, y la superstición no sólo sirve de fundamento á su culto idólatra y fetiche, sí que también de pretesto á muchos para llevar á cabo sus infames y crueles pasiones.

Así, si una familia rica se ve visitada por la muerte ó la enfermedad, la prosperidad en lugar de aumentar disminuye; si le sucede alguna desgracia á un jefe; si los hijos desnaturalizados ven que viven largo tiempo cuando son ricos, el interesado se presenta al hechicero, gana su favor con promesas ó regalos, y mediante un trato vergonzoso, compra la muerte de la víctima.

Entonces el hechicero es llamado en público, consulta sus fetiches, y su respuesta, que sólo es inteligible para él, decreta infaliblemente la muerte ó la expulsión de la persona de quien desea deshacerse.

Esta persona es, pues, la mujer más anciana de la familia, á la cual, principalmente, atribuye este pueblo supersticioso el poder de echar la suerte.

El mes pasado, una de estas infelices, á quien habían condenado, ha sido ahogada en el río. Otras dos mujeres vinieron á refugiarse á nuestra casa. La primera marchó luego á su choza en busca de su hijo, que le pertenecía, y al cual hemos bautizado; pero á ella no la volvimos á ver más. Murió repentinamente durante la noche, de resultas de un envenenamiento.

La otra que la había acompañado á la Misión, es una parienta del rey, la cual se encuentra feliz en nuestra casa. Ahora hace tres años le habían dado á beber la cicuta, pero su robusta naturaleza había podido soportar este brebaje venenoso, sin otro inconveniente que un mes de enfermedad. Este año han querido obligarle de nuevo á pasar esta prueba, refugiándose entonces á la Misión. El rey nos pidió que la dejáramos establecerse en nuestro terreno, á lo cual accedimos con gusto. Ésta es muy piadosa y nunca falta á la misa y al catecismo que se esplica todos los días á las mujeres. Además, nos ha traído ya dos de sus nietos para instruirles y bautizarles.

La buena anciana Zaccheia.

¿Y qué diré á Vds. de la buena anciana Zaccheia, mujer de ochenta años? Cuando la rescatamos estaba decrepita, enferma é imposibilitada ; sus piernas hinchadas apenas la dejaban andar apoyada en un báculo. La habían traído del país de los ibos para ser sacrificada en Araba.

La bondad y solicitud que le demostramos, le impresionaron mucho, y con toda su alma se puso á aprender el catecismo. Una vez instruida, recibió el bautismo.

Y ¡cosa prodigiosa! la recepción de este sacramento la trasformó completamente. Arrojó al momento su bastón y marchó sin ningún apoyo : sus pies y piernas se deshincharon como por encanto, y las llagas que consumían sus rodillas se fueron cerrando también poco á poco. Ha olvidado, pues, su ancianidad, se siente rejuvenecida y fuerte, y trabaja en consecuencia.

Ha tomado con gusto el cuidado de dos de nuestros niños, y sus esfuerzos sobrepujan toda esperanza.

— Yo quiero mucho á estos huerfanitos, — suele decir, — porque me recuerdan á mis queridos niños, que me arrancó un amo inhumano, no volviéndoles á ver jamás. Dios me lo indemniza ahora dándome nuevos niños que serán más tarde como ángeles, que me rodearán en el cielo.



El día del *Corpus*, de este año, hemos tenido la ceremonia, siempre hermosa y conmovedora, de la primera comunión. A nuestros oficios asistieron más de trescientas personas, que observaron en la capilla el mejor orden y compostura. Nuestros niños han edificado á los paganos con su piedad, modestia y entusiasmo en los cánticos, así como con la exactitud que desplegaron en sus pequeñas ceremonias. Por lo que hace á nuestra anciana Zaccheia, estaba arrebatada de dicha, no pareciendo ya de este mundo en ese día, pues se le figuraba estar ya en el cielo.

VICARIATO DEL AFRICA CENTRAL

Es rarísimo que un negro llegue á la dicha del sacerdocio. La Misión del Africa central no ha tenido hasta ahora más que dos : don Antonio Gobal, ordenado en Roma en 1877 y muerto en El-Obeid el 16 de setiembre de 1881, y don Daniel Sorur Dharim Den, autor de esta interesante relación.

CARTA DE DON DANIEL SORUR DHARIM DEN

SACERDOTE NEGRO DEL AFRICA CENTRAL



Si los trabajos de los egipcios, de los fenicios y de los romanos han podido facilitar el conocimiento del Africa en general ; si las cuestiones planteadas por la inteligente Europa sobre esta parte del mundo han sido resueltas por los exploradores, puede decirse, no obstante, sin temor de equivocarse, que el Africa continúa siendo misteriosa. Dos siglos hace que la Europa ha puesto sus ojos en ella : inmensos sacrificios de dinero y de vidas humanas se han hecho para conocerla y describirla, pero todas estas tentativas han alcanzado un exiguo resultado. Lo que ha sido imposible á esos intrépidos soldados de la religión y civilización cristiana, no lo alcanzará ciertamente una descripción hecha por un indígena. Voy yo, sin embargo, á intentar una ligera noticia, porque ésta será, Señores, como un acto de reconocimiento hacia la Obra de Vds.

No me propongo yo á hablarles de los países vecinos al mar, en los cuales la industria ha vencido los obstá-

culos y abierto el camino á los misioneros, que ya han dado á conocer el verdadero estado topológico y moral de las comarcas visitadas por ellos. No me propongo tampoco describirles todos los países del Sudán, pues bien sé que no les enseñaría nada nuevo. Permítanme Vds. que les dé sólo una idea general de un solo rincón de esta inmensa tierra, de mi país natal, de su posición geográfica, de sus productos, de sus habitantes y de sus costumbres.

Las tribus y sus idiomas.

Denka es una reunión de veinticuatro tribus escalonadas sobre la ribera del Nilo blanco desde el sexto al duodécimo grado longitud norte. La mayor parte de ellas son conocidas desde la conquista del virey Mehemet Ali, al ser agregadas á las posesiones egipcias del Sudán. Hay otras que ni siquiera son mencionadas en las nuevas cartas geográficas, como son: Gon-de-moi, situada á una jornada y media de distancia al sur de la tribu Gianghé, Ruruen que me parece se halla entre la de Nuer y de Puich. Estas tribus se consideran como hermanas, excepto las dos últimas, si bien hacen uso de la lengua denka.

Permitáseme hacer aquí una ligera digresión a propósito de los estudios de nuestros misioneros. Éstos han penetrado hasta el corazón del Africa, han fundado estaciones, especialmente la de Santa Cruz y de Gondokoro, y no satisfechos de sus trabajos apostólicos, con el deseo de atender á la necesidad que pudieran tener un día los misioneros y los sabios de aprender la lengua de estas comarcas, se aplicaron á los estudios filológicos y

pudieron componer gramáticas y diccionarios conteniendo más de dos mil doscientas palabras. Este precioso trabajo se lo debemos al presbítero don Juan Beltrame y al doctor Juan Crisóstomo Mitterntzner, director del Gimnasio imperial y real de Brixen. Este último agregó á la gramática una traducción muy exacta de varios capítulos de nuestros santos Evangelios.

Productos.

Nuestro país es uno de los más fértiles del Africa ecuatorial, cuyos productos son casi desconocidos en Europa. Mencionaré aquí solamente el coco, el árbol de pan, el sésamo, el tamarindo, el haba americana, etc., omitiendo cien otros cuyos nombres no recuerdo. Si un suelo cultivado por gente que se contenta con vivir al día, es tan fértil, ¿qué llegaría á ser bajo la acción de una inteligente industria?

Carácter de las hordas.

Si consideramos el carácter de los naturales, vemos que es apacible en general. No debe tomarse como argumento contra lo que yo afirmo, los malos tratamientos sufridos por misioneros y europeos, porque, atendidas las circunstancias de tiempo, lugar, y personas, no déjará de convenirse fácilmente que un europeo, aún siendo el más paciente de los hombres, no obraría de otro modo que mis compatriotas. Piensen Vds., sino, en los males que todos los días, ó mejor dicho, á cada ins-

tante sufrimos de parte de los árabes. Éstos no se contentan con robar nuestros bienes, lo cual es contra toda justicia, sino que nos arrancan de nuestra patria, del más legítimo amor de nuestros padres, del cariño de nuestras familias, para hacer de nosotros un objeto de comercio y vendernos en los mercados públicos como ganado miserable. ¿Quién de Vds., en nuestro lugar, dejaría de abrigar sentimientos de indignación? ¿Quién no usaría de todos los medios posibles para librar á su patria y familia de tamaña desgracia? ¿Quién no se sentiría inclinado á la sospecha y desconfianza contra todo extranjero que intentare acercársele? El negro no distingue el turco ó el musulmán del europeo, sino por la manera con que estos últimos proceden con él. Por otra parte, aquellos que han nacido en medio de la civilización ¿no nos dan los más tristes ejemplos, sin que para nosotros sean diferentes de los árabes?... Dígnense Vds., Señores, perdonarme esta aserción, que después de todo es la pura verdad.



Para tener una idea de las costumbres de nuestros pueblos, preciso es remontarse hasta los tiempos de los patriarcas de la antigua ley. La descripción que la Escritura nos da de Abraham, de Isaac y de Jacob me parece que conviene perfectamente á nuestra vida y costumbres. El pueblo denka es un pueblo pastor y labrador á la vez; éstos son los dos principales trabajos que ejerce el hombre desde su infancia. Y luego cuando llega a ser jefe de familia, se establece en sus campos, y los cultiva con su mujer, mientras que sus hijos apacientan el ganado paternal.

En una casa bien ondenada el padre es el amo absoluto. Los hijos están obligados á vivir bajo la autoridad paterna hasta su matrimonio ; y libres entonces, sólo piensan en aumentar el ganado, en adquirir nuevos campos y en procurar á sus hijos una herencia proporcionada á su posición social. ¿Puede concebirse un orden más perfecto en una nación guiada sólo por las luces de la ley natural ?

La cultura de las letras nos es completamente desconocida, pues todas las ambiciones de la familia tienden únicamente á criar un hijo que les honre con su diligencia y prudencia en la administración de sus bienes.

Nosotros no tenemos ningún rey, ningún ministro respecto á la direccion general de la tribu, sino que cada padre es dueño absoluto, como acabo de decir. Al único que reconocemos por jefe, es á un anciano encargado de los negocios en tiempo de guerra ; fuera de esta eventualidad, no es más que un simple ciudadano. Este mismo mando no es tampoco hereditario, sino que el pueblo puede á voluntad quitar el poder y depositarle entre las manos de aquél que él juzga capaz de desempeñar estas funciones. Aquí no existe el servicio obligatorio ; la salvación de la patria está confiada á los brazos de todos los hombres capaces de manejar las armas desde la edad de diez y siete años hasta la misma decrepitud. Los ejercicios militares tienen lugar todos los años. Los chicos de una aldea se arman contra los de la aldea vecina, y las maniobras se verifican bajo la dirección de los ancianos.

Las faltas contra el sexto mandamiento son severamente castigadas. Los dos culpables, cogidos infraganti, son condenados á dar un buey, el cual parten en dos, quemando una parte en sacrificio, y distribuyendo la otra entre las dos familias ; con lo cual queda cumplida la expiación.

Cuando un joven ha encontrado la mujer que cree convenirle, habla primero á sus padres; éstos consultan la familia de la novia; determinan la dote y fijan el día en que debe celebrarse la boda. Los padres del esposo deben ofrecer á su vez diez vacas y un toro al padre de la novia, cinco á la madre y á los hermanos, y perlas ó brazaletes de oro, plata ú otro metal, según su condición, á las hermanas. No quiero describir á Vds. las fiestas ruidosas, ó más bien, las bacanales que tienen lugar el día de boda.

La poligamia, asquerosa plaga que reina en absoluto en todas las tribus africanas paganas y musulmanas, será siempre uno de los insuperables obstáculos que se oponen á la predicación del santo Evangelio. Cada cual puede tener tantas mujeres como quiera y sus medios se lo permitan. Todas los honores, sin embargo, quedan reservados para la primera mujer, cuyos hijos varones son los solos reconocidos como herederos legítimos.

Religión.

Ahora desearán Vds. saber cuál es nuestra religión. Una ligera exposición de lo que yo he visto con mis propios ojos, podrá probar una vez más, que el negro, instruido por el misionero católico, es capaz, como cualquiera otra criatura, de conocer y amar á Dios.

Pero ántes de hablar á Vds. de nuestras tradiciones, debo decir que en la Iglesia católica, establecida a fuerza de sacrificios en El-Obeid, es donde he comenzado yo á amar al Dios que desde mis tiernos años me habían enseñado mis padres á temer solamente. Mi infancia la pasé en la más completa ignorancia respecto á instrucción religiosa, porque ni mi padre ni mi madre me habían

enseñado otra cosa que evitar la ofensa hacia ese Sér supremo, señor absoluto, — como ellos me decían, — de la vida y de los bienes de las criaturas animadas é inanimadas. Lo que voy á decir á Vds. no es otra cosa que el fruto de mis observaciones.

Nuestra lengua posee el nombre de Dios; éste es *Garan* ó *Den*; mas como este último sustantivo designa también la lluvia, para distinguir la divinidad añadimos el adjetivo *dit* (grande) y decimos *Den-dit*, que significa lluvia grande, esto es, Dios. ¿No ven Vds. una semejanza palpable entre este nombre y el del Gran Espíritu de los naturales de América? También distinguimos los buenos de los malos espíritus: aquellos son nuestros amigos y nos hacen todo el bien de que son capaces; éstos, por el contrario, son enemigos nuestros, de los cuales provienen los males que caen sobre nosotros. ¿No es esta la idea cristiana de los ángeles y de los demonios?..... Nosotros creemos en la existencia de una casa de fuego y otra de paz; en esta reciben los buenos la recompensa de los justos; en aquella los malos son castigados en proporción à sus faltas.

Entre las ceremonias religiosas que yo recuerdo, voy á citar dos que, á mi juicio, bastarán para dar á Vds. una pequeña idea de nuestro culto y del Sér supremo que le recibe: éstas son, la bendición de los primeros frutos y la vaca sagrada. La primera consiste en que ninguno de la familia, sin excepción de sexo ni edad, puede comer de los frutos nuevos ántes que el padre ó la madre los haya estendido por todo el patio de la casa para implorar la bendición de *Garan* ó *Dendit*. ¿Podrá encontrarse en otra parte una prueba más concluyente del respeto hacia la autoridad de Dios sobre los hombres?

La segunda práctica religiosa de los *Denkas* es la vaca sagrada. Cuando el país está en peligro de guerra, de

hambre, ó amenazado de una calamidad pública, los jefes de las aldeas se dirigen á una familia cualquiera, pobre ó rica, poco importa, pues todas están obligadas á dar por requisición la vaca sagrada, que, por otra parte, poseen todas sin excepción, y el jefe se la entrega á las mujeres. Éstas la conducen cantando á la orilla del río y la hacen pasar al otro lado para que se pierda en el desierto y sea pasto de las fieras. Terminada la ceremonia, todas las mujeres vuelven á sus casas en profundo silencio sin volver la vista hacia la vaca, so pena de hacer nulo el sacrificio. La razón por la cual se la llama vaca sagrada, es por estar designada exclusivamente para el sacrificio. Ninguna mujer, sea cual fuere su rango y condición, puede hacer uso de la leche de la vaca, la cual está reservada á los hombres. Sólo está permitido matarla en tiempo de guerra únicamente, cuyo privilegio gozan exclusivamente las familias pobres que careciesen de otros medios de subsistencia : iguales prescripciones existen respecto de los toros ó de las terneras que nacen de aquella.

He aquí expuestos en pocas palabras los usos de las tribus denkas. Permítanme Vds. ahora que les haga una breve biografía sobre mi infancia, mi cautividad y mi conversión al catolicismo.

Mi infancia.

Hace diez y siete años me hallaba yo aún entre mi familia. Habíamos perdido á nuestro padre, á dos hermanos y una hermana. No quedábamos más que nuestra madre que dirigía la familia, tres hermanas de la misma sangre, otra adoptiva y yo. A la muerte de mi padre tenía

yo unos ocho años, y á pesar de ser tan joven, me confi6 mi madre el cuidado del ganado, en tanto que ella se entregaba al cultivo de nuestros campos. Todos estabamos contentos y dichosos bajo la direcci6n de nuestra buena madre, que contaba sobre nosotros para cuidarse en su vejez, pero, desgraciadamente, se equivocaba. Los árabes, que abrigan constantemente un rencor implacable contra los negros, sobre todo contra nuestras tribus, á causa de las diferentes derrotas que habían sufrido, habían jurado nuestra ruina. En varias ocasiones, pues, habían intentado saciar este rencor, pero el valor de nuestros guerreros los había rechazado, causándoles casi siempre bajas considerables.

Mas habiéndose convencido de que nunca podrían vencernos sirviéndose de lanzas, porque también nosotros las teníamos, pidieron socorro al gobernador egipcio que residía en El-Obeid, capital de la provincia de Cordofán. Éste los dirigió á varios negreros, cuyos jefes eran : Mohamed-Ahmed, Dafaá-Allah y Amed Assemani, procurador de Abd-Ullahi, que luego fué mi amo. Bien provistos de armas de fuego, se unieron á los árabes baggaras, y partieron todos en direcci6n del Nilo blanco, precisamente contra las tribus Gianghé.

Algún tiempo ántes de su llegada á nuestro territorio, uno de nuestros infelices compatriotas que había caído entre sus manos, pudo escapar y vino á informarnos de sus designios. Reuniéronse en consejo nuestros ancianos, y resolvieron que era presiso ocultar los cereales y huír con nuestros ganados al desierto que separa nuestra tribu de la de los Nuer, donde teníamos abundantes pastos. La elecci6n no podía ser mejor, pues sólo allí podíamos esperar un poco de reposo.

Dos meses habían transcurrido sin ningun trastorno, cuando una mañana víose atacada una parte de nuestra



tribu por numerosos árabes á caballo y á pié, armados de lanzas y de fusiles, los cuales habían ya matado á varios de los nuestros que quedaron guardando el país, y habían decidido buscarnos en nuestra retirada. Fácilmente se comprenderá el terror que se amparó de nosotros; ya no nos quedaba más que un recurso: oponer toda la resistencia con la esperanza de prolongar algunas horas nuestra independencia, ó quizá de alcanzar la victoria si la suerte favorecía nuestras armas. Mas ¡ay! no éramos iguales en fuerzas, y el enemigo salió victorioso.

Separación y cautividad.

Mi madre, que en el momento de la derrota nos había reunido con la esperanza de tenernos á su lado aún en la misma esclavitud, nos había cerrado fuertemente contra su seno. Aterrorizado yo al ver á los árabes, hice un esfuerzo y conseguí huir y ocultarme. No tardó mi madre en caer en poder de un árabe, que ántes de apoderarse de ella, tuvo que luchar largo rato: yo, á pesar de todos mis esfuerzos por ocultarme bien, me ví perseguido, cayendo por fin prisionero y siendo conducido al sitio donde reunían los cautivos.

Esta caza inhumana había durado hasta cerca de las cuatro de la tarde. Entonces nuestros verdugos se pusieron en marcha y atravesaron el canal con cuatrocientos esclavos. Aquí encontré á mi madre y á mis cuatro hermanas. ¡Ay! ¡pobres hermanas!... ésta era la última vez que yo iba á verlas.

Los árabes prolongaron su estancia en nuestra comarca haciendo razzias por todas partes. Tres meses después tomaban el camino de El-Obeid. El viaje era largo y muy penoso, pues debíamos recorrer, siempre á pié,

nuestros desiertos del sur, tocar una parte del territorio habitado por los árabes, ganar las montañas de la Nubia superior, á fin de llegar más pronto al término de nuestro viaje. Gran parte de los nuestros, estenuados de hambre y de fatiga, perecieron en el camino, y otros prefieron morir ántes que dejar el suelo que les vió nacer. Inútil es describir á Vds. todas las crueldades que cometían contra nosotros los vencedores ; miles de libros contienen esta narración.

El momento de la salvación había llagado para mí. Hacia el segundo año de mi esclavitud, los árabes, conducidos por los mismos jefes, organizaron una nueva expedición contra las infortunadas tribus denkas. Yo no había vuelto á ver á mis hermanas, y mi madre había intentado en vano encontrarlas. Habiendo oído decir que Abd-Ullahi, nuestro amo, iba á volver por el mismo camino á nuestras tribus, le pidió que la llevara en su compañía, con la esperanza de reunirse así con sus hijas ; al mismo tiempo le suplicó también que me llevara igualmente á mí. Pero mi amo, temiendo que yo me escapara, se negó á esta segunda petición. Pocos días despues tuvo lugar la partida.

Entre los Misioneros.

La misión católica que dirigía el Itmo. Señor Comboni, á la sazón simple provicario apostólico, se hallaba establecida desde 1872 en la villa de El-Obeid. Yo pasaba casi todos los días por delante de la casa de la Misión en compañía de otros esclavos que me decían, que los monjes blancos, esto es, los misioneros, recogían á los niños y los engordaban para después comerlos. Los sufrimientos que yo había tenido que pasar desde el

primer día de mi esclavitud, mi libertad perdida y mi felicidad pasada, estaban siempre presentes á mi memoria, y pensaba muchas veces en librarme de mis males refugiándome en casa de los Misioneros. Pero me retenían siempre los dichos de mis compañeros de infortunio.



Sin embargo, la expedición contra nuestras tribus, de que acabo de hablar, había escedido las esperanzas de los árabes, viéndose reducidos á la esclavitud gran número de mis compatriotas.

Ya habíamos recibido la noticia de la llegada de la caravana, y mi ama se dispuso á dar un banquete en honor de su marido. Éste, ántes de partir, me había confiado las llaves del tesoro á condición de entregárselas á mi ama siempre que me las pidiera. Aquella misma tarde, vino una criada á pedírmelas de su parte, y yo se las dí conforme á la órden recibida. A la caída de la noche volvieron de nuevo á reclamármelas á fin de preparar el cuarto de mi amo, y contesté que la criada las había tomado y no me las había devuelto. Se buscaron por todas partes, pero no aparecieron. Echáronnos la culpa á los dos, y no tardaríamos en recibir el castigo.

Por miedo á verme condenado á un tormento injusto, me aproveché de la confusión que reinaba, salté la muralla del recinto y eché á huír. En este momento se me vino á la imaginación la suerte de los niños que se refugian en casa de los misioneros, y vencido por el temor de una muerte horrorosa, dirigí mis pasos fuera de la villa.

Después de una media hora de marcha, estenuado de hambre y de fatiga, me eché en la arena al pie de un





árbol para tomar aliento. El momento escogido por la divina Providencia había llegado, y trabóse un combate dentro de mí mismo. Parecíame oír la voz de dos personas : la una me decía : « Huye al bosque; allí te salvarás quizá, ó cuando menos serás devorado por las fieras y entonces acabarán tus desdichas »; la otra más persuasiva, replicaba : « Dirige tus pasos hacia la Misión, y nada temas. »

Mi situación era horrible. Veíame, por decirlo así, obligado á elegir entre dos muertes : ser triturado por los dientes de las fieras, ó por los de los misioneros. Casi una media hora había trascurrido en este terrible combate, cuando me decidí á aceptar la última parte del dilema : entonces desapareció todo temor, y mi corazón se vió inundado de una confianza sin límites. Firme ya mi resolución, tomé el camino de la villa y, á paso ligero, me dirigí hacia la Misión. Esto era el 10 de agosto de 1873.

Mons. Comboni.

Llamo á la puerta, y pregunto por el superior Mons. Comboni. Éste me hizo varias preguntas acerca de mi amo, mi casa, y de la persona que me enviaba á él. Mi respuesta á las dos primeras preguntas no fué sincera, porque temiendo ser mi propio verdugo, falté á la verdad ; á la tercera, contesté : « Dios es quien me envía á tu casa. »

Al oír Monseñor estas palabras, dejó escapar una sonrisa; cambió algunas palabras con el Padre que estaba á su lado y dió la órden de que me llevaran á dormir con los chicos.

Habiendo sabido mi amo el sitio donde yo me había

escondido, se presentó á Mons. Comboni pidiéndole que me despachara. Monseñor le contestó naturalmente que no podía, tanto más cuanto que el sultán había concedido á los Misioneros el derecho de guardar en su casa á los que imploraban su protección, salvo el caso en que el esclavo fuera delincuente. Mi amo se lo pidió en nombre de todos los *santones* (musulmanes), pero todo fué en vano. Esperando ganar la voluntad de Monseñor con regalos, le ofreció dos vacas y dos terneras. Pero Monseñor le respondió entonces:

— Yo no vendo ni puedo vender hombres : si el chico desea volver á tu casa, completa libertad tiene ; pero mientras quiera permanecer aquí, tú no le tendrás... ya puedes llevarte tus reses.

Vencido por este lado Abd-Ullahi no perdió ánimo. A eso de las 4 de la tarde del día siguiente, mandó á mi madre con encargo de persuadirme á que volviera á su casa. Y en efecto, puso en juego todo cuanto puede sugerir un corazón de madre ; pero yo le contestaba siempre.

— Madre, yo no quiero ni puedo : si tú quieres quedarte al lado de tu hijo, sé la bienvenida ; pero volver yo á la esclavitud, jamás !

Irritada y fuera de sí, juró que á partir de este momento no volvería á verme más, y se marchó sin darme siquiera un último adiós.

Dispuesto estaba yo casi á ceder, pero una fuerza superior me retuvo, y, abatido, con los ojos arrasados en lágrimas, me volví á clase. ¡Pobre madre ! ¡Ah ! si tú supieras hoy la dicha de tu hijo, tú que le has cuidado en su tierna edad con tanto amor y sacrificios, no te negarías á compartir su suerte ! ¡Dios mío ! devolvedme á mi madre y mis hermanas ! ¡Santa Mónica ! tú que tanto pediste y lloraste por tu Agustín, oye hoy la plegaria de un hijo por su madre y sus hermanas !

Cristiano.

Nueve meses después recibía los sacramentos del bautismo y de la confirmación. Era aquel día el 12 de junio de 1874, fiesta del sagrado Corazón de Jesús. Monseñor quiso manifestar su amor por su amada Nigricia dándome su nombre.

Llamado à Europa S. I. por asuntos de su misión, partió de El-Obeid en 1875, y yo le acompañé con otro joven negro. La intención de este venerado Padre, que hasta mi último aliento ocupará un lugar preferente en mi corazón, era conducirnos à Roma y hacernos estudiar en el colegio de la Propaganda. Eternamente le estaré agradecido, porque, si no puedo olvidar à mis padres por todo lo que han hecho por mí, sería el más ingrato de los hombres, si no proclamara muy alto los inmensos beneficios con que me colmó la Sagrada Congregación. A Dios y à mis padres debo la existencia; pero también debo el beneficio de la instrucción y de mi vocación eclesiástica à mis superiores, à los misioneros que se sacrifican todos los días por la conversión de mis infelices compatriotas.



Llegado à Verona en 1876, me apliqué al estudio de los elementos de la lengua latina bajo la dirección del R. P. Antonio Squaranti, rector entonces del Instituto africano para las misiones del Africa central.



En 1877 Mons. Comboni era promovido al episcopado, y tuvo que dirigirse á Roma para prepararse á recibir la consagración. De su retiro de Monte Citorio nos escribió una carta llena de afecto, invitándonos á ir á la Ciudad eterna, á fin de asistir á su consagración y hacernos entrar en el colegio de la Propaganda. La ceremonia tuvo lugar el 12 de agosto de 1877, y el día siguiente entrábamos en esta casa bendita.

Cursé latin, griego, hebreo y filosofía por espacio de siete años. Estudiando el segundo año de filosofía caí gravemente enfermo. Su Em. el cardenal Prefecto me obligó á dejar á Roma en 1883, y partí el 20 de junio para el Cairo, donde pude restablecerme. En 1884 fui enviado por mi venerable obispo y superior, Mons. Francisco Sogaro, á la Universidad de San José de Beyruth para cursar en ella la teología, y aquí aprendí un poco el francés.

En el mes de julio de 1886 concluí mis estudios y volví al Cairo : recibí las sagradas órdenes de manos de nuestro vicario apostólico, y el 8 de mayo fui ordenado sacerdote.

Hé aquí, Señores, la breve relación de la vida de un joven negro, que la religión cristiana ha librado de la esclavitud. ¡Ah! si los misioneros tuvieran los recursos necesarios para formar jóvenes indígenas á la vida apostólica, hallarían en ellos fieles cooperadores para derramar más y más la luz evangélica en nuestras desgraciadas comarcas.



Misiones de Oceanía

VICARIATO APOSTÓLICO DE LA MELANESIA
Y MICRONESIA


Los números precedentes de nuestros *Anales* han informado á nuestros lectores de la instalación de los Padres de Issoudun en la Nueva Guinea. Esta isla inmensa parece que les reserva los más hermosos frutos de conversión, y las disposiciones favorables de estos indígenas, que pintaban con tan negros colores, prometen al celo de los apóstoles de la fe católica rápidas y brillantes conquistas.

CARTA DEL R. P. VERIUS

MISIONERO DEL SAGRADO CORAZÓN DE ISSOUDUN

Al R. P. JOUET, Procurador de la Sociedad en Roma.

Nueva Guinea, Puerto León, 14 de abril de 1887.

 EN el mes de enero próximo pasado envié á V. una relación sobre nuestro viaje del interior. De entonces acá ha quedado terminada la casa de las Hermanas, y han llegado los refuerzos con el R. P. Navarre... Más ¡ay! que en este momento nos encontramos sin dinero y sin provisiones. No vivimos más que de arroz y de caza, con algunos frutos de nuestro jardín. Pero este lamentable estado de cosas lejos de desalentar al R. P. Navarre, le impulsa á llevar más lejos nuestras conquistas. Y á pesar de nuestros recursos insignificantes, es preciso comenzar á atacar

la Nueva Guinea. La vía descubierta por de Albertis para penetrar en el interior, no es buena, á causa de ser muy penosa y hasta impracticable durante una gran parte del año por las crecidas de los ríos.

Había, pues, que buscar obra más práctica, y creo lo hemos conseguido con la descubierta de un río, que los salvajes llaman *Paimumu*, al cual hemos dado nosotros el nombre de *San José*. Este río es ancho, profundo, y conduce, al decir de los salvajes, á muchas y populosas aldeas, algunas de las cuales cuentan miles de habitantes, mereciendo ser consideradas como pequeñas villas. Hemos ya visitado una, encontrando bien dispuestos á sus naturales. Cuanto más vayamos avanzando por el río, mejor será el resultado.



Aquí en *Roro* todo ha comenzado bien : las clases, el catecismo, y hasta la agricultura. El P. Toutblanc quedará en *Puerto León* encargado de toda la tribu de *Roro*. La otra tribu de las montañas que vamos á evangelizar, se llama *Mekeo*. Ésta posee otra lengua, pero las costumbres son las mismas que aquí. Hemos hecho ya conocimiento con algunos jefes, y muchos de estos salvajes tienen frecuentes relaciones con *Roro*, cuyo dialecto comprenden perfectamente. Nuestra reputación es conocida ya entre ellos, de suerte que los comienzos serán menos difíciles. El río *San José* va hasta las montañas más altas de la Nueva Guinea. Como V. ve, nos falta poco para conseguir nuestro objeto. Yo no sé cómo se arregla Dios; estamos exhaustos de todo, y su obra sigue avanzando no obstante. No tenemos nada, y hemos descubierto más terreno en Nueva Guinea y hecho más bien

á los salvajes que las famosas expediciones científicas que gastan cuatro mil libras esterlinas. El gobierno inglés empieza ya á apercibirse de ello, y se muestra más atento con nosotros. Por el momento lo que nos haría más falta, es una chalupa de ocho remos, ó mejor aún á vapor, para remontar el San José que es muy rápido y une la nueva estación con Puerto León.



Hemos inscrito ya quince bautismos. Yo he tenido la dicha de bautizar últimamente una mujer anciana que estaba muriendo, la cual era una de las más ásperas de la aldea. Un día que se hallaba muy mal, fuí á verla, sirviéndome de introducción un puñado de arroz.

— *Taita*, le dije yo, ¿te sientes muy mal?

— Sí, me respondió; tengo el pecho muy oprimido y la cabeza me hace sufrir mucho.

— Vamos, mi pobre *Taita*, probablemente te vas á escapar pronto al cielo : ¿quieres que te bautice?

— ¡Oh! sí, misionero... yo sé... ea, despachate, anda... lava bien mi cabeza... yo quiero ir allá arriba.

Y al decir esto, señalaba el cielo.

Mandé á buscar agua y una camisa; se la puse á nuestra neófita, y con el corazón henchido de gozo y los ojos arrasados en lágrimas, dije :

— Teresa, yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Y *Taita* vino á ser Teresa con extraordinaria alegría suya. La noche siguiente en lugar de morir, la pasó toda durmiendo y, lo que no era de esperar, dos semanas después estaba completamente bien.

— Buena Teresa, le dije al verla después, ¿tú no quieres todavía ir al paraíso?

Y ella, juntando sus manos descarnadas, me contestó :

— No, misionero, aquí me tienes todavía.

Desde entonces Teresa sigue cada día mejor, y no se acerca nunca á nosotros sin juntar las manos y con el semblante lleno de alegría. El R. P. Navarre, que la había visto ántes de su bautismo, no la conoce ya por el cambio que en ella se ha operado. A este buen Padre le ha parecido la cosa tan extraordinaria que ha dibujado el retrato de nuestra anciana Taita, en el momento en que invitada por su nieta *Aiva-Heze*, se dispone á traernos agua en una especie de bota. (Véase el grabado.)

Al lado de ella está la niña Aiva, que no tardará en ser bautizada. Ésta es una de las que saben mejor el catecismo...



Monseñor DESFLECHES

ANTIGUO VICARIO APOSTÓLICO DEL SU-TCHUEN ORIENTAL

Este piadoso prelado que ha ya algunos años había vuelto á Francia, ha muerto á principios de noviembre en el sanatorio de las Misiones extranjeras, de Montbeton. Nacido en Jonage (diócesis de Grenoble) el 18 de febrero de 1814, había partido en 1838 para la China, siendo nombrado, dos años después, obispo de Sinite. S. S. León XIII le había promovido el 20 de febrero de 1883 al arzobispado titular de Claudiópolis.



UN FELIZ PENSAMIENTO

Las decenas personales.

Uno de nuestros celosos asociados, en una entrevista con uno de los Directores de la Obra, se espresaba en estos términos :

« Leyendo los *Anales de la Propagación de la Fe* y, sobre todo, las *Misiones católicas*, esa Revista muy poco conocida y rica en documentos preciosos, he quedado sorprendido al ver que sin cesar aumentan el número y las necesidades de las misiones, en tanto que siguen estacionados los recursos de la Obra. En mi amor por la Iglesia buscaba yo un medio de remediar esta situación que no puede menos de empeorar cada día. La Obra de la Propagación de la Fe, me decía yo, ha venido á ser muy exclusivamente la obra de los pobres. Ciertamente que es un mérito ser accesible á todos por los cinco céntimos semanales que operan tantas maravillas, y por esos numerosos grupos de almas, formando cada uno una decena, base y carácter distintivo de esta admirable institución. ¿Mas no podrían Vds. hacer un llamamiento á los ricos de este mundo, á esas familias á quienes Dios ha dado una elevada posición, diciéndoles de este modo. En lugar de depositar vuestra cotización rigurosa, componez vosotros solos una decena? Veintiseis francos son una suma insignificante para vosotros : pero veintiseis francos repetidos tantas veces como hay de cristianos afortunados, de familias ricas, producirían inmensos tesoros y doblarían por lo menos la cifra total del presupuesto anual. Creáseme, añadía nuestro corresponsal, ésta es una buena idea que Vds., con su acción, pueden conseguir que se ponga en práctica para mayor gloria de Dios y de la Iglesia. »

Recomendamos, pues, encarecidamente este pensamiento á los favorecidos de este mundo. Si bien es cierto que algunos de nuestros bienhechores esceden con mucho en sus ofrendas las esperanzas de nuestro amigo, en cambio hay muchos que olvidan, que si Jesucristo alabó el óbolo de la viuda, dijo también á Zaqueo cuando distribuyó á los pobres la mitad de sus bienes : « Toda tu familia será santificada á causa de tu caridad. »



Noticias de las Misiones

EUROPA

EL NUEVO ARZOBISPO DE LYON Y LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

En su pastoral de toma de posesión el nuevo arzobispo de Lyon, Mons. Foulon, enumerando las glorias de a gran diócesis, de la cual viene á ser el primer pastor, consagra á nuestra Obra estas elocuentes palabras que con gusto reproducimos :

« La sangre derramada en vuestros anfiteatros ha sido, en Lyon, más que en ninguna otra parte, una semilla de cristianos. Esto viene á explicar por qué el proselitismo de la fe ha sido mucho más ardiente entre vosotros. Paréceme que desde los primeros tiempos del cristianismo, Lyon está predestinado á la Propagación de la Fe. Si esta admirable Obra ha tenido el mérito de germinar en vuestro suelo; si en todas partes se la llama : *la Obra de Lyon*; si de aquí se ha estendido por todo el mundo; si sus beneficios alcanzan los pueblos más remotos y más salvajes para convertirlos á la fe, no dudamos que se lo debáis á la virtud de la sangre de vuestros primeros mártires. »

CONSAGRACIÓN DE MONS. PICARDA

Mons. Mathurin Picarda, miembro de la Congregación del Espíritu Santo y del Sagrado Corazón de María, nombrado obispo titular de Pafos, vicario apostólico del Senegal, ha recibido la consagración episcopal el 18 de setiembre en la capilla del seminario del Espíritu Santo de París.

El prelado consagrador fué Mons. Becel, obispo de Vannes, y los obispos asistentes, los Ilmos Señores Carmené, obispo de San Pedro de la Martinica, y Duboin, obispo titular de Raphanea, y antiguo vicario apostólico de la Senegambia.

LAS MISIONES ESCANDINAVAS

Un misionero flamenco, Mr. Blancke, de Wonterghem, fijado desde hace diez y ocho años en las misiones del norte, y cura de Frederikssmid (Noruega) da en una carta reciente interesantes detalles sobre los progresos del catolicismo en Suecia, Noruega y Dinamarca :

« El catolicismo, ya mucho más conocido, inspira crecientes simpatías. Una venta organizada ha poco tiempo en favor del nuevo hospicio católico de Stokolmo, produjo treinta y ocho mil francos, cuya mayor parte fué recogida entre los luteranos.

« El nuevo prefecto apostólico de Noruega, Mons. Falize, hacía en estos últimos días una visita oficial á Cristiana, donde fué recibido por las autoridades de la manera más distinguida, á pesar de llevar el traje eclesiástico y la cruz episcopal.

« En Noruega, donde estaba prohibida la estancia de los sacerdotes católicos hasta el 1815, bajo pena de muerte, no se contaban hace veinte años más que 150 católicos : hoy tiene la Misión cerca de 1000 casi todos convertidos : hay 21 sacerdotes y 9 iglesias Las Hermanas de la caridad sirven 2 hospitales y dirigen 8 escuelas libres.

« Desde el 1848 los misioneros católicos gozan en Dinamarca de una libertad completa. Allí existen 16 iglesias de nuestro culto, 30 sacerdotes y más de 4000 católicos. Una treintena de Hermanas hospitalarias sirven 3 hospitales y 12 escuelas. Los Padres Jesuitas tienen en Copenhague un colegio que cuenta 40 estudiantes. »

EL SULTÁN Y EL DELAGADO APOSTÓLICO DE CONSTANTINOPLA.

Mons. Bonetti ha tenido ya su primera audiencia en Palacio. El Sultán no le permitió que hiciera las tres inclinaciones prescritas por el ceremonial de la corte, sino que al apereibir á Monseñor, se levantó inmediatamente, fué á su encuentro, escusándose de haberle dado tiempo de hacer ya dos inclinaciones. No quiso oír la alocución de costumbre, y después de despedir á los intérpretes, condujo al prelado á través de sus habitaciones, y se detuvo en el décimo sétimo salón, donde permancieron juntos en íntima conversación por espacio de media hora.

El Sultán quedó encantado, sobre todo, al ver con que facilidad y pureza hablaba la lengua turca Mons. Bonetti.

El Prelado anunció á Su Majestad que iba á partir á Salónica, pero el Sultán le suplicó que prolongara su partida, á fin de que asistiera en Palacio á una asamblea de señores del país, que había convocado.

Se le hicieron grandes honores á Monseñor, lo cual no se había visto nunca hasta ahora.

PROGRESOS DE LA FE EN BULGARIA

El *Journal de Genève* recibe de Varna una correspondencia muy curiosa respecto al porvenir religioso de la Bulgaria. Como es de suponer, el periódico calvinista deplora los progresos del catolicismo en este país, cuyos progresos atribuye el periódico á un capuchino de la Saboya.

« Es de notar, dice, que desde la emancipación, la propaganda católica ha hecho reales progresos en Bulgaria, y esto fuera de toda inmixción gubernamental. Así, en 1880, la villa de Sofia ha visto levantarse dentro de su recinto una iglesia de nueva construcción, con sus escuelas, convento, etc. El alma de esta obra es el P. Miguel, un franciscano saboyano, lleno de celo y erudición. »

ASIA

UNA TOMA DE HÁBITO ENTRE LAS RELIGIOSAS ARMENIAS

De Constantinopla nos dicen con fecha 20 setiembre de 1887 :

« Mons. Azarián ha dado el 9 de mayo el hábito á quince jóvenes novicias armenias, pertenecientes todas á su vasto patriarcado. Es la primera vez que tan considerable número de novicias han sido admitidas simultáneamente en el Instituto de las Hermanas armenias de la Inmaculada Concepción.

« La ceremonia religiosa tuvo lugar en una casa que pertenece al primer chambelán árabe del difunto sultán Abdul-Aziz. Esta casa se encuentra en Kady-Keuy, en medio de una grande viña. Mons. Azarián la mandó alquilar por los dos meses de vacaciones que las Hermanas armenias debían pasar ántes de la apertura de sus escuelas. El altar fué improvisado en el gran salón, donde se efectuó con toda solemnidad la función religiosa. El difunto Abdul-Aziz se había dignado

visitar esta casa de su fiel servidor, el cual, en el contrato de alquiler, se reservó el cuarto que ocupó el kalifa durante su visita, cuarto que desde entonces ha permanecido siempre cerrado.

EL OBSERVATORIO DE LOS PP. JESUITAS DEL KIANG-NAN

Un joven religioso Jesuita, misionero en China, el R. P. Luis Froc, da interesantes detalles sobre el Observatorio de Shang-hai, al cual está agregado.

Éste es especialmente un Observatorio meteorológico y magnético, el cual pertenece á la Compañía de Jesús. A la cabeza está después de catorce años el P. Dechevrens, un sabio que ha prestado muchos é importantes servicios á la marina, por la predicción de los ciclones tan frecuentes en los mares de la China. Sobre esta materia ha publicado obras de grandé estimación. El personal del Observatorio se compone de dos Padres y de algunos Chinos encargados de los cálculos materiales.

El Observatorio de los Padres Jesuitas marca la hora en Shang-hai, aunque de esta villa le separan ocho kilómetros. Por medio de la electricidad hace caer á las doce en punto una bola de hierro colocada en la punta de un mástil situado en el muelle principal. Anteriormente, el golpe de las doce era anunciado por el cañón del residente inglés. Para el servicio de la bola, el consejo municipal de Shang-hai ha hecho don al establecimiento del Padre Dechevrens, de relojes astronómicos, de cronómetros, de un anteojo meridiano y de todo el aparato eléctrico. Es el único Observatorio francés que existe en China. El de Hong-Kong pertenece á los ingleses.

AFRICA

PARTIDA DE LOS MINISTROS PROTESTANTES DE MADAGASCAR

Un corresponsal del *Temps* en Tamatave anuncia la partida de los misioneros protestantes, que acaban de dejar la capital de la isla, y luego añade :

« Esta partida no producirá un gran vacío, ni causará ninguna pena en el corazón de la población. Estos señores no se van con los bol-

sillos vacíos, porque, inútil es decirlo, la venta de las Biblias es más fructuosa que la evangelización directa, aparte de los grandes y pequeños enjuagues que procuran sendos beneficios. Y cuando los domingos por la mañana al atravesar las calles de la villa ve uno á los fieles tibios ó recalcitrantes llevados al templo á fuerza de golpes, concluye uno por convencerse de que los malgaches están bajo la dependencia tiránica de los predicadores, y por ende poco á propósito para granjear simpatías.

« Sin embargo, no nos apresuramos en nuestra alegría. Los que parten no tardarán en ser reemplazados, y los nuevos que vengan seran tanto más fanáticos, cuanto que la secta les estimulará más. »

No hay que olvidar que el *Temps* es un periódico protestante, y que en otro tiempo puso sus columnas á disposición de los « pastores » protestantes franceses, los cuales, ante las acusaciones formales de Mr. de Mahy, se defendían con poco éxito de haber intentado entregar Madagascar á la Inglaterra.

AMERICA

LOS PROSECUTORES DE LA OBRA DE MONS. SEGHERS EN ALASKA

En el *Freeman's Journal* de Nueva York, del 8 de octubre, leemos lo siguiente :

« Tres misioneros Jesuitas, los R.R. PP. Mosi, Ragura y el Hermano Giordana, han partido de Victoria (Vancouver) para Alaska. De Juneau deben los religiosos tomar la vía de Chilcoot y volver á comenzar el peligroso y pesado viaje que había emprendido el sentido Mons. Seghers. Tan pronto como lleguen al alto Yukon, se proponen descender el curso del río ántes de los hielos, y juntarse al R. P. Rabaut. El R. P. Tosi parece haber heredado el celo del pontífice mártir, que le había confiado el apostolado de esta apartada porción de su diócesis. Estos esforzados hijos de San Ignacio continuarán la obra inaugurada por el santo arzobispo, y sin dejarse abatir por las privaciones, sufrimientos y peligros que les esperan, enarboiarán la cruz en en el interior de la inhospitalaria península. »

LOS MISIONEROS SALESES DE TURÍN EN LA AMÉRICA
DEL SUR

Los hijos de Don Bosco acaban de fundar en Chile y el Ecuador importantes establecimientos. Mons. Cagliero, vicario apostólico de la Patagonia, está visitando en este momento la Concepción, los Angeles, Traiguen junto á la Araucania, Talca, Valparaíso y Santiago. En todas partes le piden misioneros Saleses. Por otro lado, á petición de Mons. Ordoñez, arzobispo de Quito, Don Bosco acaba de enviar á la capital del Ecuador un primer grupo de misioneros.



Partidas de Misioneros

Han partido del Seminario de Mill-Hill, cerca de Londres, para las misiones :

El 4 de noviembre de 1886, los SS Becker y Madau, para la misión de los Maoris (Nueva Zelanda).

El 11 abril de 1887, los SS. Kurz y Sellers, para Borneo;

El 11 de agosto de 1887, el Sr. F. Brouwer, prefecto apostólico, y los SS. de Ruyter, Schmitz, Mansfield y Reynders, para la nueva misión de Kafiristán, Cachemira y Penjab setentrional.

— A fines de agosto de 1887, el Colegio americano de Louvain envió á las diversas diócesis de los Estados Unidos los misioneros cuyos nombres se citan á continuación :

A la archidiócesis de Boston, Mr. P. Riley; á la de Chicago, los SS. Schutte y Dunne; á la de San Luis, el Sr. Schaefer; á la diócesis de Alton, el Sr. W Oberdoester; al vicariato apostólico de Arizona, el Sr. Geniesse; á la diócesis de Fort-Wayne, el Sr. Kobylinski; á la de Grandes Rápidos, los SS. Webeler y Frencken; á la de Helena, los SS. Desiere, Follet y von den Broeck; al vicariato apostólico de Idaho, el Sr. Vanderdoncht; á la diócesis de Leawenworth, el Sr. Kloss; á la de los Angeles, el Sr. Bartsch; á la de Nesqually, los SS. Deichmann, van Holderbeke y Cuniffe; á la da Peoria, el

Sr. Spalding; á la de Providencia, el Sr. Daley; á la de San Pablo, el Sr. Lawlor, y á la de Vancouver, el Sr. Leterme.

— El 21 de agosto se embarcaron en Amberes :

1º Para la prefectura apostólica del Niger, los Padres Poirier, de la diócesis de Angers; Pessoz, de la de Moutiers; Cretex, de la de Turin; y las Hermanas : Bonifacia, de la de Strasburgo, y Dionisia, de la de Lucerna (Suiza);

2º Para la prefectura apostólica de la Costa de Oro : el Padre Hilberer, de la diócesis de Friburgo (Gran Ducado de Bade);

3º Para el vicariato apostólico de Benín, los Padres Galland, de la diócesis de Valence (Drôme) y Downey, de la de Ossory (Irlanda); y las Hermanas Marcela, de la de París, y Timotea, de la de Strasburgo;

4º Para la prefectura apostólica del Dahomey, las Hermanas Germana, de la diócesis de Lyon, y Epifanía, de la de Bale.

Estos misioneros y religiosas pertenecen á la Sociedad de las Misiones Africanas de Lyon.

— El 25 de setiembre se embarcaron en Marsella para la diócesis de Jaffna (Ceilán) dos misioneros Oblatos de María Inmaculada; Éstos son : el R. P. Dubreil, de la diócesis de Lyon, y el Hermano Maingot, de la de París.

— El 26 de setiembre se embarcaron también en Marsella, á bordo del *Oxus*, para dirigirse á Madure, cinco misioneros de la Compañía de Jesús. Éstos son : el R. P. Twardousky, y los Hermanos escolásticos de Beaurepaire, Mazerán, Chaul y Gombert.

— El 19 de octubre partieron de Annecy para la diócesis de Vizapatam y de Nagpore (Indias orientales), el R. P. José Decompoix, misionero de San Francisco de Sales, con dos Hermanas de San José de la misión de Annecy, y tres Hijas de la Cruz, de la casa de Chavanod, cerca de Annecy.

— El M. R. P. Miguel, de la Compañía de Jesús, provincial de Tolosa, se embarcó el 23 de octubre á bordo del *Ava*, con el Hermano Gombert, para ir á visitar las Misiones de Madure y de Madagascar.

Le gérant, TH. MOREL